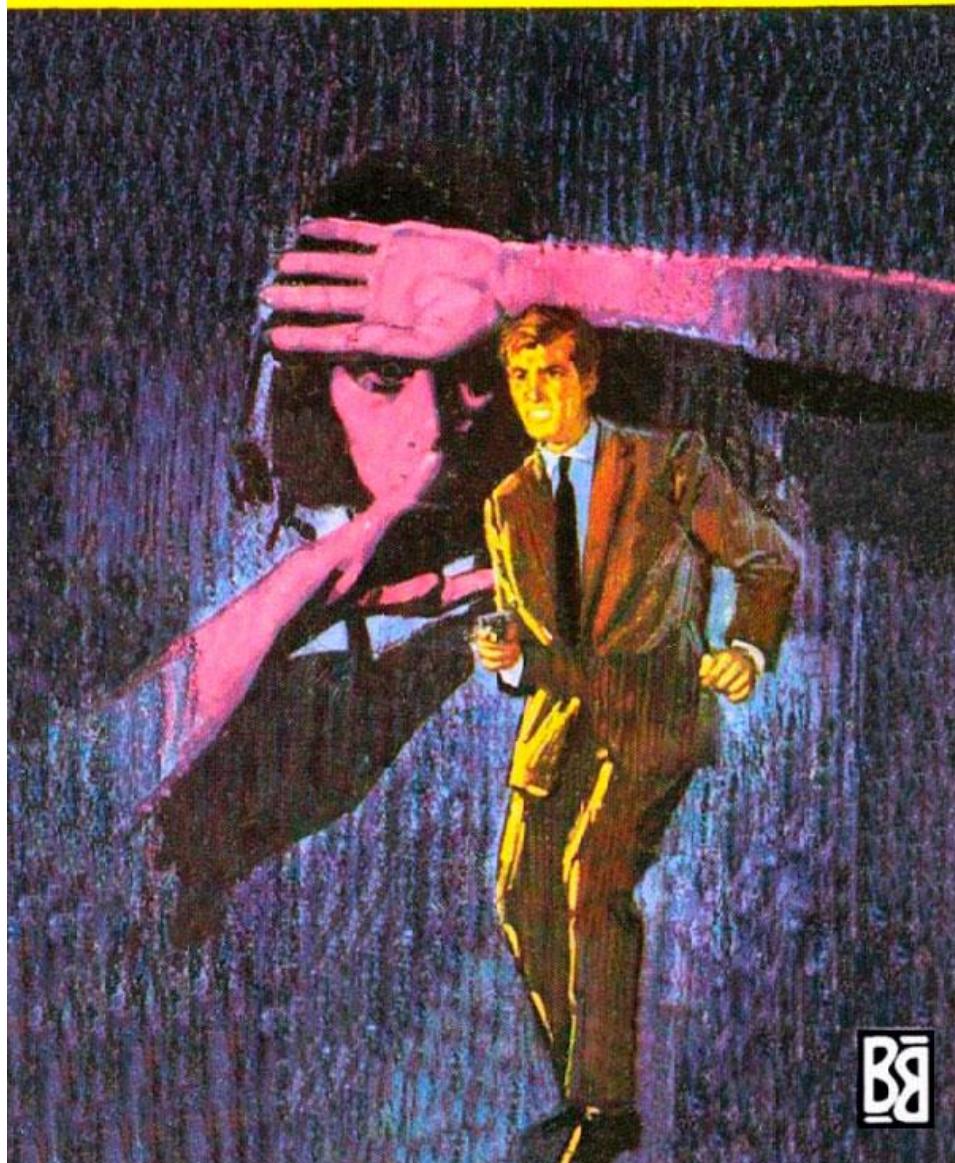


PUNTO
ROJO

escrito sobre las tumbas

frank caudett



BR

COLECCION

PUNTO ROJO





JBOIX

DOMINIQUE
LEDUC

MARK APSTEIN



FRANK CAUDETT

ESCRITO SOBRE LAS TUMBAS

Colección **PUNTO ROJO** n.º 271
Publicación semanal
Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Dépósito legal: B 16.813 - 1967

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: julio 1967

© FRANK CAUDET - 1967
sobre la parte literaria

© JORGE SAMPER - 1967
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1967

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

PRIMERA PARTE

EL PASADO DEJA SU HUELLA

CAPÍTULO PRIMERO

Han transcurrido ya veintisiete años desde los inicios de la Segunda Guerra Mundial.

Pese al tiempo y aun considerando los factores negativos y positivos que dimanaban de cualquier gran contienda, entiéndase abandono y decadencia de cierto sector humano, evolución y progreso en los campos de la ciencia y el saber, el desarrollo de la vida política, social y económica, nos recuerda una y otra vez que nuestra época actual está entrañablemente unida a las resoluciones trascendentales de aquel período de seis años, 1939 – 1945.

La solución de lo que fue un conflicto universal ha dejado una huella impresa, indeleble, imperecedera, en el rostro sonriente de nuestra época actual.

Todos los estudios y análisis efectuados al reanudarse esa normalidad que permite a los hombres preguntarse el cómo y el porqué de las cosas, no arrojaron los frutos objetivos que trataron de encontrarse apenas terminado el conflicto. Hoy, actualmente, es posible establecer un juicio terminante, casi certero, de hechos y problemas que entonces pasaron poco más que inadvertidos.

Por las márgenes de un río de drástico caudal se desbocan terribles cataratas de trágica experiencia cuando se piensa lo que puede ser hoy lo que entonces «solo» fue una guerra.

Lo que se destruyó se levanta; los muertos han dejado de llorarse; los nombres son recuerdos en el capítulo del olvido; la guerra se convierte en una página sangrienta de la historia; se habla incluso con una sonrisa de funestas efemérides. Éste puede ser el principio del juicio, del análisis. Luego, el floreciente resurgir, evoca jocosamente como símbolo de progreso lo que fue tragedia; se cita como punto de partida de una nueva era lo que pudo ser

hecatombe; se comprueba que el mundo es mejor...

¿Lo es en realidad?

Si se afirma, es que se ha olvidado el factor humano. Un análisis psicológico de la mente a través del período que separa uno y otro hombre, el de una y otra época, quizá nos diera una medida exacta de lo que es realmente la evolución y el progreso.

La decadencia de la raza en contraste con el adelanto experimentado en todos los campos del saber —adelanto que nace y se establece al término de la contienda—, podría resultar ínfimo de considerar que ambos factores, positivo y negativo, dimanen de una consecuencia casi lógica que uno impone al otro. Pero, si consideramos que la decadencia acelera su ritmo en las nuevas generaciones como causa y efecto de lo que un análisis considera «Resultado Provechoso», hay que darse cuenta de que el factor humano se valora en poco, se enjuicia en menos, no merece la pena ser analizado, y no se presta atención a los pequeños problemas que son causa de grandes males.

Todo esto puede parecer vacío, incongruente si se quiere, pero es terriblemente cierto.

He dicho, sí, que la solución de lo que fue un conflicto universal ha dejado huella indeleble en el rostro sonriente de nuestra época actual. Época que sonríe por inconsciente, que generaliza lo bueno con la palabra EVOLUCIÓN, que quiere mostrarse ajena a los hondos problemas de la mente.

Por eso no se habla de la otra huella. De esa huella psicológica que en el cerebro del hombre «sano» marcó; también de una forma indeleble la situación caótica, la confusión, el pánico y la incertidumbre. En ese hombre que llamado y criado para el bien viose forzado a pensar en el mal.

Cada ser humano tuvo su problema, o se creyó en la obligación de tenerlo, dentro de otro mucho mayor. Cada uno, en el transcurso de aquellas circunstancias anómalas, pensó como jamás hubiera imaginado; obró como antes le hubiera repugnado.

Se olvidó el factor humano... entonces y hoy.

No se pensó, ¿no podía pensarse?, en los pequeños problemas. Y menos se piensa ahora.

Se considera absurdo y exagerado, suponer que un error de ayer pueda manifestar hoy sus consecuencias. ¿Se considera...?

Pero es así. Cierto. Fehaciente.

El mundo está plagado de consecuencias de entonces que se manifiestan externamente provocando distintos problemas.

Oscuros algunos, sangrientos, horribles. Los desencadena ese factor hombre con el que parece no contarse... o contarse muy poco.

Ésa es nuestra historia. La de un hombre que obró en el pasado como jamás hubiese creído poder obrar. La de un pasado que dejó su huella.

Ésa es nuestra historia, iniciada en la Francia de 1940...

1 de junio de 1940.

Lo que sigue, era todavía posible en la Francia de entonces:

«HONROSA CAPITULACIÓN DE LILLE. Como tributo al valeroso comportamiento de las tropas francesas, se les autoriza la retirada a tambor batiente con los honores que correspondan. El comandante de esas fuerzas conserva el coche oficial. Las tropas desfilarán con sus armas de fuego portátiles, sin munición, ante una guardia de honor de las Fuerzas Armadas alemanas...».

Nada ni nadie podía detener el avance de la Wehrmacht. Corrían los azarosos días del primer semestre de 1940 en cuyo transcurso, Europa y los ejércitos aliados conocerían las más duras derrotas, los castigos más severos, la desolación...

El avance alemán sería devastador, incontenible. Se irrumpiría en la Línea Maginot. Correrían por toda Francia aquellas famosas octavillas impresas por los mismos alemanes y en las que se decía:

PETAIN A OFFERT LA CAPITULATION!

La conséquence: Verdun et Metz ont stoppé le feu et ont capitulé.

Pourquoi voulez-vous verser votre sang parfaitement sans aucun sens?

A BAS LES ARMES, CESSEZ LE FEU!

MONTREZ LE DRAPEAU BLANC!

Ou voulez-vous

qu'on

fasse encore un attaque avec nos stukas?^[1]

Unos opinaban que Francia no debía rendirse jamás mientras una gota de sangre corriera por las venas de sus hijos.

Otros, trataban de no imaginar el aspecto que ofrecerían las ciudades, los pueblos, las casas... si se persistía en la idea de resistir a la embestida alemana.

La Luftwaffe. «Messerschmitt», «Stukas», «Junkers», cubrirían el cielo francés y machacarían su suelo una y otra vez hasta arrasar, destruir...

Era la confusión de un pueblo. El caos de una nación entera. Cada hombre pensaba de una forma distinta. Y las mentes ambiciosas...

CAPÍTULO II

Antoine Blondin se mesó desesperadamente los cabellos. Luego, en un brusco raptó de excitación cerró la radio.

Acodado en la mesa alzó los ojos para contemplar a su mujer.

Jocelyn.

Una muchacha joven cuya edad estaba en desacuerdo con la de Antoine. Veinticinco años mediaban entre el nacimiento de uno y otro.

La primera esposa de Blondin había muerto al dar a luz por quinta vez. Un hermoso niño de rubios cabellos que se había convertido en verdadera obsesión para Antoine después de haber visto nacer cuatro hembras.

Un hijo, era un hijo. Y Blondin había pagado un precio muy caro por aquel hijo tan deseado.

Jocelyn surgió luego. Podía decirse que de ningún lugar. De la nada. Había surgido joven, hermosa, placentera. Una mujer apasionada que sin llenar el vacío corazón de Blondin sí había satisfecho su instinto plenamente.

En aquel mismo instante, cubierto su esplendoroso cuerpo por una sencilla bata de percal, estaba igualmente encantadora que pocas fechas atrás cuando ceñía sus curvas con vestidos caros.

Todo en ella era fuego y pasión. La mirada de sus ojos negros, el rictus de sus labios rojos como una rosa de sangre, aquel atisbo sugestivo de la blanca línea de sus senos turgentes, altos, desafiantes, que destacaban contra el resto de una piel bronceada. Sus piernas bonitas que ella descubría en casa con acertado descuido mostrando la firme línea de sus prietas pantorrillas.

Sólo eso habían buscado en Jocelyn los cincuenta años de Antoine.

Ella... el caso de Jocelyn era diferente. Había buscado otra cosa. Dinero. Desde París a El Havre, desde Marsella a Nancy, aquella mujer había recorrido Francia por los cuatro puntos cardinales en busca de mucho y ofreciendo más.

Cantar, bailar, vestirse y desvestirse en funciones de «vaudeville». El sino de Jocelyn. Un cafetín, un teatrúcho, un bar, gentes de la peor calaña, jaleos, líos, la policía. Una escueta sinopsis que abarcaba la vida de una mujer que quiso vivir pronto, con rapidez, intensamente.

Apasionadamente. Con un fin premeditado y un arma para conseguirlo. Dinero uno, amor la otra.

Amor. Jocelyn había amado mucho, había amado intensamente, había amado sin medir el amor.

Unos ojos clavados en su cuerpo, devorándola, una seña, la cita, unas copas de champán y la intimidad. Largas horas de intimidad.

Pero Jocelyn no había coronado la cima.

Por eso llegó a Soissons desalentada, desesperada, envejecida moralmente.

Soissons. Un lugar donde la gente enterraba a sus muertos con pompa fastuosa, derrochando dinero.

Un hombre que se dedicara a construir lápidas de mármol, si era el único de la ciudad, podía hacerse rico.

Antoine Blondin. El hacía las lápidas. Él era viudo. ¿Qué podían importar los cinco hijos?

Blondin, un hombre maduro. En esa edad crítica, en ese otoño nostálgico en la vida de todo hombre en que, como un fuego fatuo, resurge esa ansia de juventud, ese ardor pasional, esa efímera juventud de corazón... que muy bien podía calmar Jocelyn Boxeur.

Cuando la vio por primera vez solo supo decirle:

—Eres muy hermosa.

Ella sonrió y se inclinó, estuvo mucho tiempo inclinada, para sentarse frente a él en la mesa.

—¿Te gusto?

Sí. Antoine Blondin quería, no decir, rugir: ¡Sí!

Sus ojos estaban fijos, hipnotizados, sobre el agudo escote del vestido verde, estrecho, ceñido, hasta corto quizá.

Una tentación diabólica.

—Me gustas.

Habían tomado champaña, habían disfrutado aquellas horas de intimidad que él tanto anhelaba.

Pero Antoine carecía de la experiencia de los demás hombres que trataran a Jocelyn.

Para ellos, al día siguiente aparecería otra Jocelyn. Antoine, no. Insistió en la misma. Quiso besarla una y otra vez. Abrazarla. Amarla.

Quiso casarse con ella.

—¿Quieres casarte conmigo, Jocelyn?

—¡Sí, querido! Lo estoy deseando. Seré una segunda madre para tus hijos...

No. No había sido una segunda madre. Los odiaba. Pero Antoine tenía dinero. Y ella amaba el dinero. Y tenía que amarlo a él... aunque amara también de escondidas.

La guerra había terminado con todo. Hasta con el dinero de Blondin, que era mucho menos del que se suponía.

Por eso ahora, acodado en la mesa, después de haber cerrado la radio, Antoine miraba el sencillo vestido de percal y se preguntaba por qué seguía ella con él.

Porque ya sabía que no lo amaba. Aunque lo excitase... y no siempre lo satisficiera.

Jocelyn estaba recostada en un viejo diván con las desnudas piernas colgando por fuera de él.

—¡Antoine! —exclamó, enredando los dedos entre las sedosas hebras de su cabello azabache—. ¿Qué piensas hacer?

La miró con un gesto de abatimiento y un suspiro de impotencia.

—¿Qué quieres que haga?

Saltó ella del diván. La costura del vestido se desgarró al quedar trabada en el brazo de aquél. Desde la cintura hasta abajo.

—Se muere mucha gente...

—Pero tengo poco mármol. Y los que quieren una lápida ahora, quizá mañana están muertos. O no tienen dinero para pagar.

Jocelyn se inclinó hacia él acariciando sus plateados aladares.

—Tienes cinco hijos...

—¿Te importa eso mucho?

Se hizo atrás. Brillantes los ojos y cambiada la expresión. Desencajadas sus hermosas facciones.

—¡No! —gritó—. Pero me importo yo, ¡YO! ¿Entiendes? Y debo

importarte a ti. Soy tu mujer y debes darme todo lo que necesite.

Antoine Blondin sonrió tristemente. Su rostro apacible, su expresión bondadosa, no se alteraron.

Sólo un error había cometido en su vida. Casarse con aquella mujer, con aquel engañoso cúmulo de pasionales encantos.

Ya era tarde para desesperarse. La guerra había venido a complicarlo todo. Los alemanes.

—¿Qué necesitas ahora?

Chispeó la mirada con un tinte rojizo.

—¡Estúpido! ¿Crees que puedo ir vestida de esta manera? Parezo una mujerzuela asquerosa que haya tenido veinte hijos y que no sirva...

Fuertes golpes descargados sobre la puerta interrumpieron a la excitada Jocelyn.

—¿Quién será?

Antoine se levantó lentamente encaminándose hacia el enorme portalón de madera y hierro.

—Ahora lo sabremos —murmuró.

Era un hombre alto que encerraba su tórax poderoso en un imponente chaquetón de cuero con cuello de piel. Llevaba un pantalón de pana negra y unas gruesas botas de montaña.

Su barba anarquista y poblada daba muestras evidentes de que llevaba muchos días sin poder afeitarse. Su expresión ansiosa y la jadeante respiración denotaban la falta de descanso.

—¡Adrián! —exclamó Blondin con evidente asombro.

Adrián Migot no tuvo aliento ni para responder a lo que era saludo, bienvenida y sorpresa.

Migot, no contaría más de veintiséis años. Su estatura era considerable, poseía unos músculos de hierro y su contextura era la de un atleta. Pese a la barba y el pálido color de su rostro, se adivinaba la corrección de sus viriles facciones.

—Pasa, pasa. Siéntate y descansa —dijo Antoine tomándole de un brazo.

Lo acompañó al diván en que Jocelyn había estado sentada poco antes. Ella, ladeándose, evidenciando la rotura del percal, se acercó a Migot y tomó asiento junto a él desenfadadamente.

—¿Qué sucede, Adrián?

La miró el hombre intensamente.

—Ha caído la cota 505 de la Línea Maginot^[2]. ¡Los alemanes están entrando en Francia por todas partes! ¡Nada podrá detenerles ahora! ¡Nada podremos hacer para evitar su avance! Pero... — jadeante, tuvo que hacer tan alto para tomar aliento—, traigo una noticia, una noticia que...

Se interrumpió de nuevo mirando fijamente a Blondin. Agregó:

—Antoine, ¿quieres hacerme un favor?

—Naturalmente, Adrián.

—Ve en busca de Michel. Dile que avise a Robin, Ambroise, Pierre y Marcel. ¡Que vengan aquí inmediatamente!

Blondin se dirigió a un armario en busca de su chaqueta de cuero. Seguidamente salió de la casa con pasos decididos.

Jocelyn, tras asegurarse de que estaban solos, acarició el rostro de Adrián con manos temblorosas. Le miró al fondo de los ojos mostrándole el brillo encendido de los de ella.

Luego, le abrazó.

—¡Amor, mi vida, Adrián! ¿Qué te sucede?

Él, estrechándola por la cintura, la atrajo hacia sí.

—¡Seremos ricos, Jocelyn! —exclamó con feroz sonrisa.

—¡Oro, pequeña, oro! No tengo más que asaltar un camión... pero, luego lo sabrás. Necesito que convenzas a tu marido para que se una conmigo. Su furgoneta será imprescindible. A los otros el oro ya los convencerá con sólo nombrarlo, pero tu marido es diferente.

—Por mucho oro que sea —musitó ella tras el nuevo beso—, si tienes que hacer siete partes...

—Una parte entera, pequeña. Para nosotros dos. Los pienso matar a todos... ¡a todos! Así, tendré muchísimo dinero y también a ti para siempre. Huiremos de Francia.

Jocelyn, enfebrecida, encendidos sus ojos por el brillo de ambición, inquirió con voz trémula:

—¿Podremos huir, Adrián?

—Es el mejor momento, amor. Todo va a la deriva. Nadie sabe lo que hace ni por qué lo hace. ¡Imbéciles! Piensan en defender la patria. ¡Guerra! ¿Qué es la guerra? El mejor medio para que los hombres ambiciosos consigan lo imposible de obtener en la paz.

—Eres inteligente, Adrián. Eres el hombre que he deseado siempre, el que he necesitado...

—Pero tienes que colaborar tú también, Jocelyn.

Abrió ella sus bonitos ojos.

—¿Cómo?

—Consiguiendo que tu marido acceda a intervenir en la «operación».

Jocelyn sonrió con seguridad.

—Antoine hará lo que tú desees. Yo me encargaré de eso...

Se oyó el girar de una llave en el interior de la cerradura.

—¡Apártate! —exclamó Adrián—. Tu marido regresa.

CAPÍTULO III

Siete hombres hallábanse sentados alrededor de la estrecha mesa. Fumaban nerviosamente, excepción hecha de uno de ellos, mirando con avidez al barbudo rostro de Adrián Migot.

Tras los hombres, en pie, la mirada de una mujer iba de un lado para otro en espera de los acontecimientos.

Michel Marchand, individuo de mediana estatura, delgado, de mirada huidiza y expresión temerosa, masticaba materialmente la punta del cigarrillo.

Fue el primero en preguntar, clavando sus ojos de rata asustada en la figura de Adrián Migot:

—¿Cómo has llegado tan pronto a Soissons? Estabas en Montmédy, cerca de la frontera con Luxemburgo, ¿no?

Adrián sonrió con hastío.

—Sí, Michel, sí. Estaba en Montmédy. Pero tuve la suerte de saber a tiempo que los alemanes habían entrado por el Norte. Era fácil suponer que desde el interior de la propia Francia desbordarían la Línea Maginot por la espalda al tiempo que, desde su Línea Sigfrido, sirviéndose de los antiaéreos, barrerían la frontera. La resistencia era inútil, por eso he huido. No ha sido fácil llegar hasta aquí, no. Metz y Verdun han caído. Me enteré de eso al llegar a Vouziers. Y por la tarde, cuando conseguí llegar a Reims, las noticias eran ya alarmantes.

Hizo una pausa, miró los rostros uno a uno con fingida tristeza, con falsa desesperación.

—¡Sí, mis buenos amigos, mis mejores patriotas... sí! —exclamó teatralmente—. ¡Alarmantes! Se dice que, Pétain ha ofrecido la capitulación a los alemanes. No obstante, parece que el pueblo quiere resistir... ¡pero yo puedo aseguraros que es completamente

inútil! Lille, se ha rendido también. Las tropas germanas están invadiendo nuestros suelos por distintos puntos mientras nos mantienen engañados al no irrumpir definitivamente en la Línea Maginot. Pero yo he visto las fuerzas de Infantería alineadas frente al Rhin con armas pesadas y piezas antiaéreas de 8,8 cm.

¿Cuánto crees tú, Michel, que puede resistir Francia?

Fue Ambroise Diflos quien intervino. Era un tipo muy delgado, alto, pelirrojo, de ojos azules y cutis blanco. Miraba de soslayo al hablar.

—Todo acaba de empezar, Adrián. Francia es muy grande. Hemos sido sorprendidos...

—¡Y lo seguiremos siendo! —exclamó el rechoncho Robín Pagnol—. En menos de un mes los alemanes habrán llegado a los Pirineos.

Pierre Leroux, tipo de ojos pardos y rostro inexpresivo que no cesaba de atusarse los poblados mostachos, apuntó:

—¿Qué más da un mes o quince días? Lo mejor es largarse. A mí, la guerra me importa un cuerno. ¿Qué me ha dado la nación a mí para que yo la defienda a costa de la pelleja?

Marcel Douet, el más joven de todos, el más nervioso también, dio un golpe sobre la mesa.

—¡Largarse! —exclamó, mirando con desesperación a los demás—. Mi mujer dio a luz hace siete días... ¿Dónde voy con una muchacha de dieciocho años y un crío de pañales?

—Yo —intervino por primera vez en la conversación Antoine Blondin—, tengo cinco hijos y una mujer tan joven como la tuya. No pienso exponerles a ningún riesgo. Si los alemanes vienen, los esperaré aquí. Huyendo no se resuelve nada...

—¡Eso lo dices tú! —tronó Pierre Leroux—. ¿Prefieres ver morir a tus hijos y presenciar como tu esposa le sirve de diversión a cualquier oficial alemán?

Blondin se congestionó.

—¡No repitas eso, Pierre!

—¡Qué ingenuo eres, Antoine! —exclamó Robin Pagnol, cruzando sus morcilludas manos sobre el prominente abdomen—. ¿Qué te imaginas que han estado haciendo los alemanes con las muchachas hebreas? Yo, por mi parte, estoy bien tranquilo. No creo

que ni el más miserable de los soldados se atreva a enamorarse, o a desear simplemente, ese vejestorio con cintura de hipopótamo que tengo en casa. Pero... —hizo una pausa para mirar intencionada y significativamente a Jocelyn. Ella, le sonrió con descaro. Agregó el hombre acto seguido—: Vosotros, los que tenéis esposas jóvenes y hermosas, Jocelyn es ambas cosas, y también tú, Marcel, tendríais que pensar en la forma de protegerlas. Lo que más apetecen los soldados es el buen vino francés y la maravillosa mujer francesa.

—¿Y cómo quieres que yo me largue? —inquirió con desespero Marcel Douet, imaginando ya a su joven esposa entre las garras de un alemán.

—No te dejes impresionar, Marcel —le habló Blondin prudentemente—, mejor nos defenderemos desde nuestras casas que en una carretera, huyendo, si los alemanes se nos echan encima.

—Eres todo un estratega, Antoine —se burló Michel Marchand.

Fue Adrián Migot quien, después de dejar que los otros se expansionaran, tomó nuevamente la palabra y se constituyó en voz cantante de la reunión.

Dijo, con estudiada lentitud:

—Yo, amigos míos, tengo la solución para el problema. Por eso he vuelto y por eso os he mandado llamar.

Se miraron unos a otros para terminar clavando los ojos en Migot. Una interrogación general, una muda pregunta.

Y tras ellos, la exuberante Jocelyn, con su vestido de percal a cuya costura había aplicado un par de imperdibles, sonriendo satisfecha y clavando el negro brillante de sus ojos en el rostro barbudo de Adrián.

—Por qué no te explicas con claridad, ¿eh, Migot?

Sonrió éste burlonamente.

—Si os enzarzáis en absurdas discusiones, no puedo exponeros mi plan.

—¿Tu... plan? —interrogó Ambroise Diflos con sorpresa.

—¿Vas a proponernos una guerra particular? —inquirió burlonamente el barrigudo Robin Pagnol.

Jocelyn, que daba vueltas alrededor de la mesa situándose preferentemente a espaldas de Adrián, exclamó furiosa:

—¡Queréis callaros de una vez y dejarlo hablar a él!

Leroux, el de los ojos pardos y rostro inexpresivo, dirigió una

soez mirada a la mujer y otra a Blondin, como si le dijera: «Eres un desgraciado». Apuntó en voz alta:

—Silencio. La esposa de nuestro amigo Antoine parece tener sumo interés en que hable Migot.

—¡Creo que serán interesantes para todos sus palabras, Leroux! No seas tan sucio y tan malintencionado.

—¡Basta ya! —tralló Antoine Blondin, excitado, actitud que contrastaba con su habitual prudencia y calma—. No olvidéis que estamos en mi casa. Veamos qué es lo que Adrián quiere decirnos.

Reinó ahora un denso silencio. Las columnas de azulado humo que escapaban de los cigarrillos formaron una espesa cortina por encima de la mesa.

Adrián Migot tiró el suyo. Volvió a recorrer el rostro de los reunidos. Habló, despacio, con vibrante matiz:

—Os he dicho que en Reims las noticias eran alarmantes, ¿verdad? Alarmantes con respecto a la situación del país ante la invasión alemana. Pero hay otras noticias... una en especial, que demuestra que no todos piensan en la guerra y que la guerra les hace pensar en otras cosas.

»Desde Vouziers, a través de Mazagran, cruzando las montañas, he alcanzado Reims. Pocos kilómetros antes de llegar me he tropezado, de una forma sorprendente, con un grupo de soldados de la Wehrmacht. Eran unos diez o doce al mando de un teniente. De momento, me ha parecido imposible. Pero luego, acercándome prudentemente, he podido convencerme y escucharles. Vosotros ya sabéis que yo domino el alemán. Pues bien, voy a relataros con exactitud lo que he podido escuchar.

»Esos soldados son desertores. ¡Desertores alemanes! Incluido el teniente que va al mando. Pertenecen a una división de Infantería que antes de ayer se internó en Francia por Sedan. Un grupo de hombres dispuestos a sacar provecho de la guerra y de su uniforme. Robo, saqueo, pillaje. ¿Sabéis que estaban haciendo por los alrededores de Reims? ¡Preparando un atraco!

Ambrois Diflos, pasándose una mano por los pelirrojos cabellos, desorbitó sus azules ojos y no pudo contener la pregunta y exclamación que brotó inopinadamente de sus labios:

—¡Qué! ¿Un atraco?

—Exactamente —sonrió Adrián Migot—. Están al corriente de

que el «Banc Mercantile du París» va a retirar todas las reservas de oro depositadas en sus sucursales. Y una de las cantidades más importantes está en la sucursal de Reims.

—¡Asombroso! —soltó a media lengua el ratonil Michel Marchand.

—Atónito me he quedado yo al escuchar. Según decía el teniente a sus hombres, treinta lingotes de oro puro serán trasladados mañana por la noche desde Reims a Rouen, en un camión especial y escoltado para, en aquel lugar, unirse a otros dos camiones procedentes de la central del Banco en París y continuar viaje hacia El Havre. Allí, según la información exacta que parecía tener ese hombre, el oro será embarcado en un carguero danés rumbo a un país cuyo nombre se desconoce.

Adrián Migot hizo un alto. Observó a su silencioso auditorio. Adivinó que unos le habían comprendido, que otros intentaban comprenderle y que alguno no entendía el porqué de todo aquello.

—Bien —dijo Blondin con serenidad—. No veo lo que eso tiene que ver con nosotros ni tampoco que sea la solución a nuestros problemas, como tú has dicho antes, ¿o es que no has terminado de hablar, Adrián?

Sonrió Migot con un atisbo de desprecio.

—Tú eres inteligente, Antoine. Estoy seguro de que me has comprendido.

—Pero no quiero entenderte —le atajó Blondin, con serena sonrisa.

—¡Diablos! —terció Pagnol, tirando de su doble papada—. ¿Queréis dejaros de crucigramas?

—Esos alemanes están dispuestos a robar el oro que transportará en camión desde Reims a Rouen —soltó Adrián Migot de una tirada—. He podido escuchar el plan que ese teniente exponía a sus soldados. Esta noche saldrán de Reims con dirección a Compiègne. Entre esa ciudad y Clermont el recorrido se hace lento porque hay que rodear mucha montaña... Ése es el sitio que han elegido.

Jocelyn, con procaz desenfado, se apoyó en la silla que ocupaba Migot. Apuntó, sinuosamente, al oído de éste, pero en voz alta:

—Y tú has pensado...

—Que podemos adelantarnos a los alemanes.

Michel Marchand dejó asomar al borde de las órbitas sus

asustados ojos de rata temerosa.

—¡Nos está proponiendo un robo! ¿Habéis oído?

Ambroise Diflos, acariciándose el mentón, inexpresivo como siempre, murmuró:

—No es mala idea.

—Desde luego —corroboró el obeso Pagnol.

Marcel Douet, dubitativo, con un atisbo avaricioso en el brillo de sus ojos, recitó:

—Oro... es dinero. Sí, quizá fuera la solución.

Jocelyn rodeó la mesa para situarse junto a su marido. Le acarició los cabellos, preguntó inclinándose hacia él:

—¿Qué opinas tú, Antoine?

Blondin, que seguía siendo el hombre circunspecto, afable, juicioso y prudente que siempre había sido —excepto en el momento que decidiera casarse con ella— habló con serenidad:

—Opino que es una auténtica locura en la que no pienso tomar parte.

Ella, sin importarle la presencia de otros hombres recurrió a los arrumacos excitantes que siempre le proporcionaban la victoria sobre él.

—Querido... piensa en los niños. La parte del oro que podría corresponderte, vendido aunque fuese a bajo precio, nos proporcionaría el dinero suficiente para huir, para poner a salvo esas criaturas inocentes. ¡Piensa en ellos! ¿Qué cosa mala han hecho para sufrir las consecuencias de esta guerra? ¿Y yo... mi amor? Si los alemanes invaden Francia, nuestra felicidad quedará destruida. Ya has oído a Pagnol sobre lo que suelen hacer con las mujeres... ¿Qué harías si un puñado de soldados te apuntaban con sus armas mientras su jefe trataba de someterme por la violencia?

Calló. Esperando que las palabras chocaran unas con otras en el interior del cerebro del hombre. Aguardando la solución de la lucha que sabía estaban librando sus sentimientos.

Antoine Blondin, un hombre que jamás habíase apartado de los más estrictos cauces de la honradez. Un hombre a quien el delito había repugnado con sólo nombrarlo. Un hombre que tenía un elevado concepto de la propiedad ajena. Honrado moral y físicamente. Que sólo se había equivocado una vez en su vida...

Que estaba derrotado y dispuesto a equivocarse por segunda

vez.

Con ojos ausentes, con voz ronca y extraño acento, inquirió mirando a Migot fijamente:

—¿Cuál es tu plan?

Los demás, al percatarse de la facilidad con que Jocelyn había doblegado los rectos, firmes y sólidos principios de Blondin, viéronse abocados a una espontánea colaboración si antes habían albergado alguna duda.

—Estoy contigo —asintió el cínico Leroux.

—Por supuesto que yo también —cabeceó el mofletudo Pagnol.

—¡Y yo! —exclamó el fácilmente excitable Marcel Douet.

—De acuerdo —apuntó el espigado Diflos.

Michel Marchand, pese a su cobardía, viose obligado a la afirmación:

—Cuenta conmigo —dijo, temeroso.

Blondin, con un gesto de abatimiento, formuló por segunda vez la misma pregunta:

—¿Cuál es tu plan, Adrián?

Migot, mostrándose grandilocuente responsable de la operación que su —según él «privilegiado»— cerebro había concebido, se expresó jactante:

—Sólo necesitaremos una cantidad considerable de tachuelas y tu «Citroën», Antoine.

¿Lo quieres más sencillo?

—¿Armas? —interrogó Ambroise Diflos.

—Afuera, en mi saco de viaje, tengo dos metralletas modernas —repuso Adrián.

—Yo, una pistola —intervino Marcel Douet.

—Un par de viejos fusiles, útiles todavía, rondan por el desván de mi casa —aportó Robin Pagnol.

—Cuento con un revólver —dijo Marchand, asustándose con sólo pensarlo.

—Es suficiente —habló Adrián—. Uno de tus fusiles, Pagnol, puede usarlo Leroux. La otra metralleta para Antoine y...

—Y yo no necesito armas —le atajó Ambroise Diflos—. Yendo preparados seis de los siete no creo que haya lugar a sorpresas, ¿o sí, Adrián?

—No las habrá, Ambroise. El camión, de acuerdo con lo dicho

por ese teniente, que parecía hablar con mucha seguridad y disponer de exacta información, saldrá de Reims a las nueve de la noche tomando la carretera 31, que es la que pasa por Soissons. Esperaremos justamente a mitad de camino, sembrando un trecho de cien metros con las tachuelas a que antes me refería. Es fácil y difícil al mismo tiempo que revienten los cuatro neumáticos, pero dos por descontado... y con uno suficiente. El chófer y los vigilantes saldrán para ayudar a componer la avería, cambio de neumático en este caso, momento que aprovecharemos para ponerlos fuera de combate. Luego, el resto es sencillo. Trasladar el oro a la furgoneta de Antoine y huir rápidamente del lugar. ¿Alguna duda?

Nadie tuvo nada que objetar.

—Entonces —siguió Migot—, nos reuniremos aquí, mañana por la noche a las siete.

Uno tras otro, silenciosamente, fueronse alejando de la estrecha mesa camino de la puerta.

Antoine les acompañó, saliendo con ellos a la calle. Dentro, sólo quedó Adrián con Jocelyn.

Blondin, tras recomendar a todos que no dijeran una sola palabra a nadie de lo que acababa de fraguarse en su casa, permaneció unos segundos en el umbral de la entreabierta puerta observando cómo iban perdiéndose los bultos en la oscuridad.

Cinco ciudadanos honrados de un pueblo llamado Soissons. Cinco hombres que en normales circunstancias se hubieran horrorizado al escuchar semejante proyecto. Cinco hombres que ahora se sentían satisfechos, esperanzados, casi felices al pensar que veinticuatro horas después dispondrían de oro. ¡Oro! Un arma más poderosa que los cañones. Un pasaporte para huir del horror, camino y rumbo a la felicidad.

¿Y él? ¿Por qué había aceptado?

No. No por sus hijos. Sólo por ella. Obsesionado con la idea de llevarla lejos, de apartarla de Adrián Migot y terminar con aquel vergonzoso capítulo de su vida.

Lejos, quizá conseguirían olvidar. Dio media vuelta. Antes de empujar la enorme hoja de madera, un impulso desconocido le obligó a pegar sus ojos a la rendija.

Miró. Miró con desesperación... Miró sintiendo que su corazón se desgarraba en pedazos.

Adrián la estrechaba entre sus brazos y la besaba en la boca apasionadamente.

¡Qué caro pagaba su error! ¡Qué bochornosas humillaciones para un hombre de su carácter!

¿Carácter? Eso era lo que le faltaba para poner fin a tan monstruosa burla. ¿Por qué había vuelto aquel maldito hombre?

Lo oyó hablar ahora. La voz llegó ahogada a sus oídos, pero audible. Adrián le decía a Jocelyn:

—Mañana, amor, cuando estén muertos, seremos ricos. Y, además, tú libre. Libre para seguirme y amarme...

Blondin tuvo que apoyarse en la puerta.

¿Era posible tanto retorcimiento en los instintos de dos seres humanos? ¿Tanta vesania, tanta ruindad, tanta pasión mezquina, tanta avaricia?

Si.

Tenía que rendirse a la evidencia. Admitir abiertamente lo que hasta entonces había tratado de ignorar. De paliar por lo menos, con argumentos que no convencían. De negarse a sí mismo.

Jocelyn... la de los besos y las caricias, la de las copas de champaña, la del fuego y la pasión, la que se ofreciera sin esperar nada, como ella solía decir... ¿Ofrecerse placentera a un hombre de cincuenta años sin esperar nada a cambio?

¡Qué ingenuo! ¡Qué ignorante! ¡Qué inexperto!

Toda una vida de trabajos, sacrificios, esfuerzos... arruinada en un instante de animal e instintiva obcecación.

Y ahora, por último, escuchar aquellas palabras. En su casa. Un hombre y Jocelyn planeando la muerte de seis personas entre besos y malsanas caricias.

¿Qué era el mundo? ¿Qué clase de gigantesca andrómida? ¿Por qué los hombres pensaban en guerras, en matar, en robar...?

Como nunca, de una forma extraña, se iluminaron con brillo encendido los ojos de Antoine Blondin.

Un incomprensible pensamiento se abrió paso en el interior de su cerebro empujando con fuerza arrolladora.

¡No! ¡No podía él pensar así! ¡Era imposible... él no!

Pero el pensamiento siguió fijo en su mente martilleándole las sienes de una forma obsesionante.

Tosió un par de veces, como si tratara de advertir su presencia.

Luego, forzó una sonrisa y empujó la puerta.

Le seguía acompañando aquel horrible pensamiento.

CAPÍTULO IV

Dos brillantes círculos luminosos se advertían a lo lejos.

Se les veía avanzar por el ondulante trazado del asfalto. Desaparecer en los inicios de una curva, aparecer tras ella como dos monstruos cegadores a los que nada detenía en su avance.

Taladraban la oscuridad de la noche con el caudal brillante de su luz nítida.

En el intrincado bosque que asomaba a uno de los lindes de la carretera se registró una pequeña conmoción.

La que producían varios hombres al intercambiar posiciones, pisando hierbas secas, apartando los altos matojos que impedían su paso, arrancando de cuajo algunas plantas.

—¡Los tenemos ahí! —exclamó la temblorosa voz de Michel Marchand. Adrián Migot alzó la mano derecha.

—¡Preparados!

Obedeciendo las instrucciones trazadas de antemano, siete bultos se agazaparon tras otros tantos árboles cercanos al linde de la carretera.

Ahora, ya se percibía con claridad el runruneo monótono del motor. Desaparecieron los gigantes luminosos al entrar en la cercana curva. Después, brillaron intensamente. El motor pareció aumentar las revoluciones imprimiendo una mayor velocidad al camión.

Doscientos metros, a lo sumo. Sólo unos segundos y entraría en los cien que habían sido «minados» con afiladas tachuelas.

Salvó la distancia. Prosiguió el veloz avance.

Y de repente, casi al unísono, dos explosiones conmovieron el silencio de la noche atronadoramente.

El vehículo, pese a los esfuerzos del conductor por dominarlo,

zigzagueó peligrosamente, escapando a la acción del volante.

Dio un cerrado giro sobre sí mismo.

El patinazo fulgurante hacia el borde de la cuneta fue del todo inevitable; aun así, aplicando los frenos con estridente y lastimero chirrido, consiguió el conductor detener la carrera a un palmo escaso del bosque.

De inmediato, saltaron de la cabina el chófer y su ayudante y corrieron hacia la parte posterior del vehículo.

Uno de ellos abrió la portezuela permitiendo la salida de cuatro individuos que, sin ir uniformados, llevaban un cinto del que pendía un monumental pistolón y traían cruzado sobre el pecho rifles de repetición.

Miraron escrutadoramente a ambos lados de la carretera.

—¡Han puesto tachuelas! —gritó uno de los hombres armados.

Al instante, sonaron dos disparos. Esquirilas de cristal salieron despedidas por el aire y acto seguido se escuchó la explosión de dos bombillas.

Oscurecieron los faros del camión.

—¡Es una trampa! —voceó al chófer—. ¡Van a robarnos!

Dos potentes linternas arrojaron luz desde la oscuridad envolviendo en su brillante haz a los seis desconcertados hombres.

—¡Brazos en alto! ¡No se muevan!

Algunos hicieron ademán de obedecer. Pero dos de ellos, temerariamente, lanzaron sus rifles hacia delante tratando de hacer fuego sobre las linternas.

No tuvieron tiempo de oprimir los gatillos.

El tableteo de una metralleta pobló el silencio con las notas siniestras de su canto agorero.

Los ocupantes del camión brincaron en el aire como marionetas de un trágico teatro a medida que los proyectiles impactaban en su cuerpo.

Alzaron los brazos gesticulando desesperadamente. Se doblaron entre agónicos espasmos.

Terminaron retorcidos por el suelo, escupiendo bocanadas de sangre y ahogándose en ella misma.

Fue una acción de verdaderos comandos la realizada por los asaltantes.

En el lapso de dos exiguos minutos habían terminado con la

resistencia que podían haber ofrecido los hombres armados.

Ahora, esparcidos alrededor del camión, veíanse seis destrozados cadáveres en las más grotescas poses.

Adrián Migot, reponiendo el cargador de su metralleta, ordenó:

—¡Antoine! ¡Acerca la furgoneta!

Blondin obedeció al instante. Se puso al volante de la «Citroën» y avanzó en marcha atrás al máximo que se lo permitía la situación de las tachuelas.

Era una vieja camioneta a la que Antoine había rectificado la caja original para poder transportar mármoles de todo tamaño. Saltó a tierra, diciendo:

—¡Listo!

—¡Rápido! —gritó Adrián—. ¡Descarguemos los lingotes!

Antoine abrió la compuerta de la furgoneta.

—¡Fantástico! —le oyó exclamar el joven Marcel Douet—. ¡Cómo brilla!

—¡Imbécil! —espetó Migot desabridamente—. ¿Quieres dejar de contemplar los lingotes como un idiota? ¡Si nos pillan en este momento, estamos más que listos!

Hasta el cobarde Michel y el barrigudo Robin se movieron con celeridad transportando el oro de un vehículo al otro. Antoine se encargaba de ir colocando ordenadamente los lingotes que sus compañeros arrojaban con febriles movimientos en el interior de la caja.

—¡Terminado! —exclamó Pierre Leroux con un suspiro de júbilo.

—Creo que deberíamos incendiar el camión —apuntó de repente Adrián Migot—. De esa forma, supondrán que ha sido un accidente.

—¿Olvidas las tachuelas? —inquirió Ambroise Diflos con sarcasmo.

—Podemos retirarlas del mismo modo que las hemos puesto —adujo Migot.

—Perderemos mucho tiempo —intervino el siempre temeroso Marchand.

—¡Hablando sí que lo perdemos inútilmente! —tralló la voz del jefe—. ¡Venga todos, manos a la obra! Siempre es mejor y más seguro hacer las cosas bien. Sin dejar huellas ni pistas. ¡Venga!, yo os alumbraré con las linternas.

Michel, Ambroise, Robin, Pierre y Marcel, se inclinaron velozmente sobre el asfalto empezando a retirar las tachuelas que habían provocado la explosión de los neumáticos del camión.

Adrián Migot iba recorriendo el suelo con el haz de las linternas.

—¡Eh, Antoine! —gritó—. ¿Qué haces?

—Terminando de colocar los lingotes —respondió Blondin desde dentro de la furgoneta.

—¡Deja eso ahora, hombre! ¡Ven acá y echa una mano!

Antoine Blondin obedeció. Sin abandonar la metralleta que el propio Adrián le proporcionara, se acercó a éste.

Con un pensamiento fijo en su cerebro martilleándole las sienes de una forma obsesionante.

—¡Venga, hombre! ¿Qué estás esperando para...?

La pregunta murió en labios de Adrián Migot al darse cuenta de que el cañón de la metralleta de Blondin apuntaba rectamente a la altura de su corazón.

—¡Eh! —exclamó alarmado, cual si en fracciones de segundo hubiese comprendido lo que iba a suceder y el por qué—. ¡Antoine! ¡No vas a...!

Fue la última palabra que Migot pronunció.

Blondin cerró los ojos, al tiempo que aquel pensamiento obsesivo accionaba instintivamente el índice sobre el gatillo.

Vio a Blondin saltar en el aire; contorsionarse; soltar la linterna. Vio cómo una inmensa mancha de sangre brotaba de su pecho; cómo daba un postrer traspiés boqueando agónico.

Cómo se desplomaba sobre el asfalto trágicamente inmóvil.

Rígido cual la misma muerte que representaba.

Los hechos habíanse desarrollado con tal rapidez que aquellos que se hallaban agachados en el afán de recoger las agudas tachuelas, apenas tuvieron tiempo de darse exacta cuenta de lo que acababa de suceder.

Fue Pierre Leroux, el tipo de ojos pardos y rostro inexpresivo, el del poblado bigote, quien primero se alzó de tierra girando el rostro hasta tropezar con Blondin y el cañón de su metralleta.

Con el cadáver de Migot.

—¡Traidor! —gritó perdiendo la calma—. ¿Qué has hecho?

Antoine pareció reaccionar. Volver en sí. Percatarse de la horrible realidad.

—¡Quería matarnos a todos! —exclamó vehemente—. A todos.

Todos eran quienes le miraban acusadoramente. Y fue entonces cuando comprendió Blondin que no podría explicarse. Que nadie daría crédito a sus palabras. Tendría que confesar lo que había existido entre su esposa y Migot, la conversación que escuchara entre ellos la noche anterior.

Y tampoco le darían crédito.

Ambroise Diflos fue el primero en tratar de acercarse y el primero en acusar despectivamente:

—¡Asesino!

Blondin perdió la calma. Se esfumó su serenidad.

De nuevo el dedo índice de su mano derecha y aquel pensamiento obsesivo actuaron frenéticamente sobre el gatillo.

Ocurrió algo que Antoine Blondin no llegaría a comprender jamás. Nunca podría explicarse lo sucedido.

Sólo escuchaba el tableteo agorero.

Sus ojos estrábicos contemplaban hipnóticos el trágico brincar de aquellos cuerpos que giraban en el aire como siniestras peonzas.

Fue una siniestra pesadilla.

Porque cuando Antoine Blondin empezó a comprender el giro que su vida recta y honesta había dado a los cincuenta años de existencia, se hallaba al volante de la «Citroën», con treinta lingotes de oro en la caja... ¡y seis cadáveres!

Pero estaba lanzado ya por la pendiente. Lo mismo que aquellas gigantescas bolas de nieve que iban rodando hacia abajo sin que nadie pudiera detenerlas y que se hacían más grandes y monstruosas a medida que iban avanzando.

¡Seis cadáveres!

El taller de Antoine se hallaba en un gran cobertizo adyacente a lo que era su domicilio.

Bancos, mesas de trabajo. Herramientas. Inmensos y pesados paneles de mármol.

Escarpas. Cruces floradas.

Allí introdujo la furgoneta con el singular alijo compuesto por oro y cadáveres.

Saltó a tierra, dejándose caer en una silla, y ocultando el rostro entre las manos. Así transcurrieron seis largas horas.

Pensando.

Michel Marchand, Ambroise Diflos, Robin Pagnol, Pierre Leroux, Marcel Douet...

Adrián Migot.

Seis cadáveres. Treinta lingotes de oro.

Por segunda vez, el torturado cerebro de Blondin se vio asaltado por otra extraña idea.

Le dio cuerpo, forma y color.

Y sin pensarlo un segundo más, con febriles movimientos, igual que un autómatas, se puso a trabajar incansablemente sobre un mármol.

Luego, sobre, otro. Sobre seis.

Tres días consecutivos, con sus respectivas noches, pasó Antoine Blondin en el cobertizo sin salir de él para nada. Sin probar alimento. Apenas si bebió unos sorbos de agua inclinando la cabeza bajo el grifo que surgía en un ángulo del muro encima de una pilastra de piedra.

A la cuarta noche. Blondin empezó a salir al volante de su furgoneta, realizando varios y extraños viajes.

Jocelyn, que desde el momento que le oyera llegar el día del atraco, se había cansado de aporrear furiosamente la puerta del cobertizo, de arañar la madera con sus uñas hasta grabar en ella profundos surcos, no consiguió que aquélla se abriese.

Fue la quinta noche cuando la esposa de Blondin consiguió plantarse frente a él al oírle regresar de uno de sus incomprensibles viajes.

Materialmente, se le tiró encima, agarrándole por el cuello con frenética vehemencia.

Pero aquel Antoine extraño, diferente, frío y mecánico, la empujó con violencia hasta derribarla en tierra.

—¡Aparta, maldita impúdica!

Desde el suelo, Jocelyn contempló, aterrada, la diabólica llamarada, que había nacido en los antes apacibles ojos de él.

—¡Asesino, canalla, criminal! ¡Tú los has matado! ¿Por qué?

En un inesperado arranque de ira y furor, Blondin la cubrió de golpes, improperios, patadas... hasta dejarla exánime, destrozada, irreconocible.

Luego, realizó el último de sus misteriosos viajes. Al regreso, comprobó con torcida sonrisa que su mujer seguía tirada a la

entrada del inmenso cobertizo sin recobrar el sentido.

Con paso decidido se encaminó hacia la casa, subiendo al piso superior, en donde se hallaban los dormitorios de sus hijos.

Tres de ellos dormían en una misma habitación; los otros dos en la contigua.

Blondin, con manos temblorosas, fue colgando al cuello de cada uno de sus hijos una tosca medalla.

Sólo despertó a dos de ellos.

A Simone, la mayor, que contaba ocho años. Y a Martine, que la seguía en edad, con seis.

Las dos niñas rompieron en agudo llanto abrazándose al cuello de su padre.

—¡Papá, papá! —exclamó Simone entre ahogados suspiros—. ¿Dónde estabas? Ella... nos ha pegado, papá. ¡Mucho! ¡Tenemos miedo! ¡No te vayas otra vez!

Blondin, que por un instante había vuelto a ser el hombre pacífico, sereno, apacible, tranquilo, cubrió de besos la frente de la asustada muñequita.

Luego, hizo lo propio con Martine, que no cesaba de hacer silenciosos pucheros.

—Escuchadme —les dijo a ambas tomando a cada una por sus bracitos—. Vosotras sois dos mujercitas que tenéis que comprender a papá. ¿Lo haréis?

—Sí... —sollozó Simone.

Blondin tomó en cada una de sus manos las medallas que acababa de colgarles al cuello.

—¿Veis esto? Sí... ¿verdad? Cada uno de vosotros lleva una igual. Si... si a papá le ocurre algo, vosotras, que ya sois dos mujercitas, tenéis que recordar que estas medallas tienen un gran valor y hacer todo lo posible por no perderlas. ¿Me entendéis? Luego, cuando seáis mayores, uniendo las cinco medallas dispondréis de una gran fortuna para repartiros entre todos... ¿Lo comprendéis?

Simone, con esa gracia especial de las niñas que ansían ser mujeres cuando se les dice que sólo son mujercitas, asintió seriamente:

—Sí, papá. Reuniendo mi medalla y las de mis hermanos, tendremos un tesoro.

—¡Eso es, muñeca! Ahora, dadle un beso a papá y volved a la cama.

—¿Dónde vas tú? —preguntó Martine con grácil y temerosa expresión.

—A trabajar... Vendré por la mañana para despertaros.

Besó también a los que dormían y regresó a la planta baja.

No bien hubo asomado por el segundo descansillo de la escalinata de madera, Antoine Blondin se quedó rígido. Atónito.

Jocelyn estaba tendida sobre el diván. Varios soldados alemanes husmeaban por todos los rincones de la casa. Y el oficial que parecía estar al mando, se hallaba junto a su esposa, humedeciéndole la frente con un pañuelo.

—*Verpflegt!* —tronó una voz en alemán.

Uno de los soldados, el más nervioso, giró sus ojos hacia la escalera.

Y antes de que nadie comprendiese lo que sucedía, un par de estampidos atronaron la estancia, la noche, su silencio.

Blondin abrió los ojos desmesuradamente. Se llevó ambas manos al pecho, apretándolas sobre el rojo rosetón que iba naciendo.

Trató de pronunciar algunas palabras, pero se ahogó entre bocanadas de sangre.

Al fin, rodando trágicamente por los peldaños con macabro estrépito, se precipitó escaleras abajo quedando inmóvil, apelonado, con la cabeza aplastada contra el último escalón.

Muerto.

Y en aquel preciso instante, Jocelyn empezó a recuperar el conocimiento.

Varios niños asomaron en la parte superior de la escalera profiriendo gritos de espanto y tapándose los ojos.

Una afortunada orden del oficial impidió que sus soldados abrieran fuego sobre la infantil plebe.

—¡Imbéciles! Son niños indefensos que nada pueden hacernos.

En efecto. Niños que algún día serían mayores.

SEGUNDA PARTE

LA AMBICIÓN ES OTRA GUERRA

CAPÍTULO PRIMERO

Mark Apstein no llevaba el cabello largo ni había permitido que la melena formase ondulaciones sobre la nuca. Tampoco había descuidado el corte de sus patillas ni permitido el crecimiento de una interesante perilla.

Su conducta estaba completamente ajena a las excentricidades y procuraba siempre que sus palabras no fueran tildadas de originales. No era tampoco un inadaptado ni un espíritu inquieto de la nueva generación.

Se hallaban descartados de su indumentaria los pantalones de pana con rodilleras de cuero, los jerseys gruesos y peludos, las camisas de cuello cerrado a grandes y estridentes cuadros, los zapatos de doble suela y los calcetines chillones.

No. Mark Apstein no respondía en absoluto a la bohemia caricatura que cierta masa lectora componía de una forma tradicional e inveterada acerca del escritor. La imagen existencialista, despreocupada, misántropa en ocasiones del hombre que hoy comía y mañana no, del que hoy escribía cuatro cuartillas, en un raptó de inspiración, y mañana ninguna, porque las musas se mostraban esquivas, no tenía materialización física en Mark Apstein.

El, un muchacho joven todavía, asomado a la frontera de los treinta, pero sin haberla rebasado, era juicioso, prudente, circunspecto y meditativo por excelencia.

Y además de todo eso, una pluma consagrada con seis interesantes obras que habían sido traducidas a diez idiomas.

Su nombre, Mark, jamás había recurrido al tan usual seudónimo, al frente de sugestivas portadas, ya diera la vuelta al mundo en seis ocasiones.

Sus facultades literarias se consideraban, en opinión de afamados críticos, auténticamente extraordinarias.

La fluidez de su pluma, la fabulosa habilidad con que mezclaba en sus relatos personajes de opuestas idiosincrasias dándoles una vida casi real y haciéndoles girar en un mismo círculo desdoblando sus personalidades en un campo de inesperadas pero humanas reacciones, la fuerza arrolladora de sus argumentos tensos, crudos, verídicos y dimanantes de la enfebrecida existencia a que la nueva época sometía al hombre, todo en general, había valido los más sinceros elogios, las críticas más unánimes con que jamás soñara escritor alguno.

Por eso Mark Apstein, cuando cierta mañana se levantó más nervioso que de costumbre allá en su rancho de Dallas, decidido a iniciar en unas cuartillas la idea que desde hacía varios meses rondaba su cerebro, comprendió con sólo pulsar dos teclas que aquello no podría escribirse desde el interior de su cómodo gabinete.

Nada dijo. Se enteraron de que iba a emprender un viaje cuando le vieron cerrar las maletas, encargar un boleto en el primer vuelo a París con escala en Nueva York y llamar un taxi para que pasase a recogerlo a la hora indicada.

Se despidió de los suyos sin asegurarles la fecha de su regreso. Dijo que podía estar fuera de casa una semana, un mes, seis, un año o quizá tres.

Un tipo llamado Ricky Morgan, colaborador literario de cierta revista norteamericana, se enteró de la salida de Apstein dos horas después de que éste hubiese dejado atrás la escalerilla del «Caravelle» que había de conducirlo por los aires hasta la capital de Francia.

Y Ricky, un tanto decepcionado, se colgó del teléfono más cercano y charló cinco minutos con el corresponsal del mismo rotativo en París, Paul-Henry Boyer.

Consecuencia de todo ello fue que Mark Apstein, nada más pisar el aeropuerto de Orly, se vio convertido en blanco de una nube de informadores y cegado por la luz de los *flash* que se disparaban sin cesar.

«L'Association

des Auteurs et Editeurs» había destacado una comisión compuesta

por siete de sus miembros más preponderantes para que recibiesen y agasajasen en el vestíbulo del aeropuerto al eminente escritor norteamericano.

Mark, poco amigo de los elogios y las manifestaciones grandilocuentes, viose desagradablemente sorprendido.

Pero como era aquél un precio ineludible, un tributo que se pagaba a la fama, Apstein forzó una sonrisa dispuesto a desempeñar lo mejor posible su papel en ese teatro que los humanos montan sobre las tablas de la vida a la primera ocasión que se les presenta.

Había que sumergirse con cautela en aquel mar de lisonjas, sonrisas, preguntas, ironías a veces, y saber nadar con habilidad.

Tras los prolegómenos en el aeropuerto, Mark se vio forzado a aceptar la invitación de trasladarse a la sala de actos de aquella centenaria y regia institución.

Firmó en el libro de honor y le dispusieron seguidamente una cómoda butaca desde la que responder a la improvisada rueda de Prensa, a los ávidos y ambiciosos reporteros que se disputaban la primera fila como las aves de rapiña un montón de carroña en el desierto.

—¿Cuál es el motivo de su viaje a París, míster Apstein? —se disparó el más nervioso. Mark sonrió ambiguamente.

—Escribir.

Algunas risitas corearon la respuesta.

—¿Argumento, personajes y escenario francés? —indagó otro.

—Muy posible —trató de evadirse Mark.

—Sea concreto —apuntilló un tercer periodista.

Apstein alzó la cabeza recostándola en el respaldo de la butaca. Miró al techo. Repuso:

—Pienso escribir sobre la guerra.

—¿Una Tercera Gran Guerra?

—Una pasada Segunda Gran Guerra —corrigió el escritor.

—¿No le parece que es un tema manido? —apuntó alguien.

—En absoluto —replicó Apstein con enigmática sonrisa.

—Explíquese —acució una de las «aves».

Mark paseó sus ojos grises por aquel núcleo de voraces informadores. Se tropezó en el recorrido con la sonriente mirada de la presidente honoraria de

«L'Association

des Auteurs et Editeurs», que parecía decirle: «Animo. Demuéstreles con los labios quién es con la pluma».

—Se ha escrito mucho sobre la Segunda Guerra —dijo Apstein con mesurado tono.

—¡Es contradictorio con su anterior afirmación! —exclamó uno. Mark esbozó un rictus irónico.

—El hecho de haberse escrito mucho —siguió el muchacho—, no significa que el tema sea manido y mucho menos que esté agotado. ¿Ha leído alguno de ustedes todo cuánto se ha escrito sobre esa guerra?

Los interrogados interrogadores, pillados por sorpresa, guardaron absoluto y unánime silencio.

—Yo, casi todo —aseveró Mark a continuación—. Y he tenido ocasión de comprobar la parquedad con que se han llenado miles de páginas. Se ha ensuciado mucho papel para no decir nada. Nada nuevo. Últimamente tuve ocasión de leer uno de los tratados más completos que se han editado al respecto. Una perfecta y meticulosa recopilación cronológica de hechos y sucesos con fotografías casi inéditas, con fotocopias de documentos que un día llevaron el membrete de: TOP SECRET. Es una meritísima obra la llevada a cabo por Hans Dollinger y Hans-Adolf Jacobsen. Lo mismo que los estudios y análisis de H.

S. Hegner

en sus obras «El Tercer Reich» y otra sobre la guerra cuyo título no recuerdo. Pero todo eso, señores... —miró a su auditorio con el atisbo de una burlona sonrisa—, no me descubre nada nuevo. Ni tampoco al público. Son las efemérides bélicas las que están más que manidas. Pero no la esencia de una guerra cuyas consecuencias aún vivimos.

—¿Qué es en concreto lo que usted se dispone a escribir? —le interrumpió uno.

—Los efectos síquicos y morales que han tenido efecto en la mente del hombre que vivió ayer y vive hoy.

La metamorfosis experimentada en el cerebro del ser humano a través del lapso de tiempo transcurrido desde entonces, que tiene como causa y principio la confusión a que la guerra somete a los hombres, y como efecto, el nuevo proceso de la existencia. También quiero analizar, razonando como lo hacía el hombre de entonces, su

generación anterior, la suya propia y la que ha nacido tras él.

Tras las palabras contundentes de Mark Apstein, que a más de uno se le escaparon, aunque las hubiese taquigrafiado velozmente, siguió un impresionante silencio.

Hasta que uno de los informadores preguntó:

—¿Cómo piensa titular su obra?

—«Antología y análisis de una contienda».

—¿Lo considera comercial?

—Me basta con que sea adecuado.

Se abrió un nuevo paréntesis de silencio. Y al cabo de unos segundos, pasando del escritor al hombre, los reporteros escupieron como volcanes las más dispares preguntas.

Una de ellas tardó más que sus hermanas en ser contestada.

—Usted tiene alrededor de los treinta años, *monsieur* Apstein. ¿Ha pensado en el matrimonio? ¿Cómo lo ve un escritor?

Apstein tardó en responder.

—La vida del hombre es un conjunto de etapas en cada una de las cuales se razona de forma opuesta a la otra. Hay una de ellas en que el adolescente daría diez años de su existencia por casarse. Siente la imperiosa necesidad de oírse llamar marido. Desea besar cuando le apetezca y con entera libertad a la muñeca de rubios rizos que no le deja dormir. Luego... existe otra etapa en que el hombre daría diez años de su vida por no haberse casado. Un escritor, que siempre debe estar fuera de esa aureola que los demás cierran en torno a su personalidad, ve el matrimonio como otro hombre cualquiera.

Siguieron más preguntas, a las que Mark respondió unas veces con seriedad fingida, otras con abierta ironía e incluso con burlonas sonrisas.

Más de una hora duró la extenuadora rueda de Prensa.

Luego, la presidente honoraria le invitó en nombre de todos los miembros a la cena de gran gala que se había organizado en su honor aquella misma noche.

Durante el transcurso de la velada, Mark hubo de soportar los más estúpidos panegíricos que oyera en su vida, las preguntas más incomprensibles que nunca le formularan.

La única compensación que halló entre tanta vacuidad fue el poder conversar con *monsieur* Roland Leduc, director de

«L'Association

des Auteurs et Editeurs», hombre de exactos juicios y ponderados criterios.

Cuando la velada tocaba a su fin, Leduc inquirió, mirando a Mark con una sonrisa bondadosa:

—¿Por qué no acepta cenar mañana en mi casa? Será bastante más íntimo que lo de ahora. Mi esposa, mi hija, usted y yo. ¿Nos honrará con su presencia, míster Apstein?

Mark no dispuso de argumentos convincentes para rechazar una invitación formulada en aquel tono.

Por otra parte, conversar con un hombre como Leduc sería provechoso e interesante. —Será un placer— asintió.

Mark se inclinó galantemente para besarle la mano, Apstein, buen sicólogo de sí mismo, experto conocedor de sus sentimientos y reacciones, viose imposibilitado a determinar de dónde provenía la extraña sensación, el cosquilleo estremecedor de su espinazo, al llevarse a los labios y rozar con ellos la mano larga, tersa, suave y acariciadora de Dominique Leduc.

Alzó los ojos con lentitud para recorrer su maravillosa figura con delectación.

Dominique era una extraordinaria muñeca, una mujer adorable de la que emanaba el fragante atractivo de un París seductor, deslumbrante, fastuoso, que daba a sus hembras un especialísimo *sex-appeal*.

Toda ella era frágil y armoniosa. Su cuerpo flexible recordaba al junco, también a la dúctil palmera, por la facilidad con que se rompía a través de una cintura breve, enjuta, casi inverosímil.

Su busto arrogante, prieto y firme, escueto pero bien formado, era un atractivo más. Lo mismo que sus piernas largas, torneadas y de color bronce.

El rostro, perfecto óvalo de piel tostada, reunía la gracia picaresca que derrochaba su nariz respingona sobre el resto de unas facciones más que correctas, a destacar los ojos grandes y oscuros moviéndose en unas órbitas oblicuas y la boca pequeña, de jugosos labios, que uníanse en delicioso arco de sangre.

—Es usted muy hermosa, *mademoiselle* Dominique.

Sonreír como lo hizo ahora, merecía un mejor calificativo que el de hermosa.

—Llámeme Dominique, *monsieur* Apstein...

—En cuyo caso —apuntó él sin dejar de mirarla fascinado—, usted deberá llamarme Mark.

Roland Leduc, con su tono pausado, intervino diciendo:

—Tengo la impresión de que serán grandes y buenos amigos.

—Papá suele hablar mucho de usted, Mark —habló ella con gracioso e infantil desenfado—. Ha leído todos sus libros... yo sólo los he hojeado porque todavía no estoy preparada para...

—¿Cuáles son sus autores preferidos? —la interrumpió el escritor, cual si quisiera librarla de una enojosa confesión—. ¿Qué género la atrae más?

—Me gustan las novelas de aventuras, los relatos policíacos... —dijo con picaresco parpadeo—. He leído a Georges Simenón, John Le Carré, William Irish...

—¡Ah! —sonrió Mark—, ¿también le gustan las historias de terror y suspense?

Dominique hizo como que se estremecía.

—Me apasionan.

—Literariamente —bromeó Leduc—, no es la hija ideal para un director de la «Asociación de Autores y Editores».

En aquel momento, apareció *madame* Juliette Leduc anunciando que la cena iba a ser servida.

Para Mark, fue aquélla una de las veladas más agradables de su vida, en contraste y paradoja con la de la noche anterior.

Dominique era una nota continua de alegría. Una fuente inextinguible de gracia que obligaba a sonreír.

Una mujer deliciosa que captaba cualquier mirada masculina y se hacía admirar.

A medida que transcurrían los minutos, Mark se fue sintiendo más y más cautivado por la fragancia de aquella muñeca adorable.

Cuando llegó la hora de despedirse, Apstein agradeció la estrategia social y humana de Roland Leduc, al permitir que fuera su hija quien le acompañara hasta la puerta.

—Dominique...

—¿Sí, Mark?

—Su... tu compañía me ha proporcionado la noche más deliciosa de mi vida. Quisiera volver a verte.

—Me estás invitando a salir contigo —repuso ella,

correspondiendo al inesperado tuteo que él había iniciado—. ¿Es eso?

—Es eso, Dominique.

Extendió por sus labios rojos la más encantadora de las sonrisas.

—Acepto. Mañana... ¿a qué hora?

—Las siete de la tarde, ¿te parece bien?

—Me parece estupendo. ¿Dónde te hospedas?

—«Hotel Marseille». Rue du Rivoli, 367.

Dominique le tendió su mano, diciendo:

—Pasaré a recogerte en mi auto. Hasta mañana, Mark.

Besó la punta de aquellos dedos largos y suaves.

—Adiós, Dominique.

Cuando la muchacha regresó al interior de la casa con el rostro radiante de felicidad, Roland Leduc se limitó a preguntar:

—¿Sales con él mañana?

—Sí.

Miró al hombre a su esposa con picaresco guiño.

—Era inevitable, Juliette. ¿No has visto la expresión de sus ojos al cruzarse?

Dominique Roland resultó ser una experta cicerone.

—¿No te gusta la fotografía, Mark?

Efectuó la pregunta el tercer día en que ambos, a bordo del flamante

«DS-19»,

recorrían París con sana y alegre jovialidad.

Reían. Hablaban. Incluso tararearon juntos, asomados a las aguas del Sena, viejas y románticas melodías que evocaban una época llena de romanticismo que no habían llegado a conocer.

Bailaron también. De noche. En la calle.

Mark pensó hora tras hora en el influjo poderoso que emanaba de aquella mujer y al que se sentía incapaz de sustraerse.

Comprendió que no lo lograría nunca el primer día, el primer segundo en que sus labios se posaron en los de ella.

¡Le parecía tan lejano el día en que decidiera trasladarse a París para dar vida, en un escenario real, a los personajes de su imaginación!

El análisis de una guerra.

Todo parecía haberse difuminado en el cerebro de Mark Apstein.

Sentíase incapaz de teclear la máquina con un mínimo de lógica y coherencia.

Nunca le había sucedido nada semejante. Quizá... porque nunca había estado enamorado.

Sí. Ésa era la realidad.

Recordó la pregunta que sobre el matrimonio le formulara un curioso periodista. Y por una extraña asociación de ideas comprendió que el hecho de relacionar la pregunta con Dominique, desembocaba en la exposición contenida de un sentimiento que trataba de ignorar.

La quería. Estaba locamente enamorado. Dispuesto a olvidarlo todo por ella. Ardiendo en las fervientes llamas de hacerla suya para siempre.

Llegado a esta conclusión tras el estudio de los motivos que habían motivado aquel cambio radical en su forma de obrar y pensar, Apstein, que por unos minutos volvió a ser el hombre de siempre, decidió que debía huir.

Escapar.

Algo que hubiese censurado acremente en un personaje de sus libros. Darle la espalda a los problemas de la vida y huir sin solucionarlos.

Pero él, autor de vidas que se desenvolvían en un mundo de reacciones lógicas y consecuentes, estaba dispuesto a reaccionar como un hombre cualquiera.

Vulgar.

En cualquier punto de Francia podría empezar el trabajo que hasta allí lo había llevado. Luego, como pensara, saltaría hasta Alemania.

Su trabajo. Su libro.

El Mark Apstein de siempre salió aquella misma madrugada de París sin dejar un solo indicio en el hotel de cuál sería su punto de destino.

Desapareció.

CAPÍTULO II

Soissons había experimentado todo su auge, crecimiento y evolución en los últimos diez años.

Tenía industria, comercio, fundiciones y metalurgia. Amén de un renombrado cultivo de habichuelas.

Hoy, con sus veinte y pico mil de habitantes, dejaba de ser pueblo para convertirse en pequeña ciudad, en breve y atractiva urbe que alzaba sus modernos edificios y antiguas construcciones de notable valor arquitectónico, al arrullo de las cristalinas aguas del Aisne. Una ciudad tranquila. Reposada. Donde sus gentes no habían olvidado todavía lo que era un pueblo.

Mark Apstein, al apearse del ómnibus que lo había conducido desde la estación al centro de la ciudad, constató la imagen que había ido formando durante el trayecto.

Podía ser el lugar que necesitaba. Frente a sus ojos, una mole arcaica en la que se adivinaban las huellas de un reciente remozado, se anunciaba por medio de un ostentoso cartel como «Grande Hotel Reims».

Mark se dijo que porque viejo, tenía que resultar cómodo y confortable. Las habitaciones debían ser espaciosas, pobladas de antiguo mobiliario, pero acogedoras en el fondo.

No lo pensó más.

La estructura del vestíbulo seguía perteneciendo a la época de que databa el edificio, pero no su mobiliario y decorado.

Tras el mostrador de recepción tropezaron los ojos del escritor con una edición corregida y aumentada de Brigitte Bardot. El aumento se hacía más ostensible entre cintura y cuello, en aquel punto donde el estridente jersey color naranja se veía impotente para contener la ampulosidad de unos senos rotundos.

Ella se acodaba con indolencia sobre el mostrador, adoptando la pose más conveniente para que lo de por sí manifestable, saltara a la vista de un modo cruel, ofensivo.

Tenía un par de ojos almendrados que se movían exhaustivamente de un extremo a otro de las japonesas órbitas y unos labios sensuales, carnosos, gruesos y muy rojos, que daban la sensación de estar siempre húmedos.

—Deseo una habitación.

Indolente toda ella, tomó una cartulina de un estante interior y la depositó frente a Mark.

—Llene esto.

Lo hizo el hombre devolviendo la ficha acto seguido, Ella leyó curiosamente.

—¡Vaya! —exclamó, estudiando al muchacho con descaro—. Todo un hombre interesante. Escritor... y guapo, además. No te han dicho nunca... —se inclinó todavía más sobre el mostrador hasta casi rozar con su boca carnosa el oído de Mark— que eres un ejemplar estupendo. Desde la frente a la barbilla, yo entiendo, muñeco, y te digo que eres guapo.

Mark no pareció inmutarse por aquella cordialidad desmesurada y pegajosa.

—Gracias. Eres tú la primera que descubre mis masculinos atractivos.

Soltó una sonora carcajada.

—¿Qué escribes, *cheri*?

—Cuentos para hombres ancianos.

Echó el rostro atrás atusándose la esponjosa y azul negra cabellera.

—¿Cuentos... para hombres ancianos? —repitió asombrada—. ¿Te estás burlando de mí?

Sonrió Mark de una manera ambigua.

—¡Oh, no! Claro que no me burlo, pequeña. Los ancianos son niños que han dado la vuelta a la vida y retornan al principio. Les hablo de caperucitas como tú... con maravillosos jerseys, con ojos deslumbradores y piernas extraordinarias. Imagino que tú las tienes extraordinarias, ¿verdad?

—Rue de Falaise, 53. Puedo darte la llave. Una vez allí, averiguar las cosas que yo tengo extraordinarias... es asunto tuyo.

¿Aceptas?

—Estoy en baja forma, preciosa. ¿Quieres decirme qué habitación me corresponde?

La agresiva y apasionada copia de Brigitte Bardot torció sus labios carnosos con desagrado.

Dijo, ofendida.

—Habitación veintidós, segunda planta. ¡Ah!, muñeco, por si te interesa, te diré que hay una colega tuya en el hotel. ¡Bah!, no te interesa. Es una tía madura...

Mark, cansado de oírla, tomó su maleta alejándose en busca del ascensor. Pero no funcionaba.

—¡Jacques! —gritó la morenaza de recepción—. Acompaña al caballero a la veintidós.

El tal Jacques recogió la llave que ella le tendía y salió al encuentro de Mark arrebatándole su equipaje que, en verdad, era reducido.

Siempre solía viajar con lo imprescindible. Si algo faltaba, lo adquiría en la primera tienda que encontraba, y listo. Solía resultar bastante más cómodo que andar por el mundo cargado con maletas.

Jacques, sonriente, le precedió por las anchas escaleras de madera que ascendían hacia los cinco pisos de que se componía el edificio.

—¡Mark! ¡Mark, amor! ¿Qué haces aquí?

Apstein, clavados los pies en el último peldaño que le separaba del pasillo de la primera planta, creyó que estaba soñando.

Se resistió a girar la cabeza porque sabía a quién iba a encontrar detrás.

Su voz... su voz era inconfundible.

—Dominique... —musitó, casi asustado con sólo pronunciar el nombre—, ¿por qué?

Jacques, indeciso, observó la esbelta silueta del huésped. Lo vio inmóvil. Clavado. Estático.

Y también la vio a ella trotando escaleras arriba con el rostro iluminado por una alegría radiante, deslumbradora, incontenible.

Pasó como una exhalación entre el hombre y la baranda, situándose en el rellano, frente a él, con los brazos en jarras.

—¡Cobarde! —soltó con su risa respingona, a media voz.

Mark Apstein trató de situarse en la realidad.

—Dominique, ¿por qué estás aquí?

Ella no respondió de inmediato. Dejó que el hombre la contemplara, que se saturara de su figura armoniosa, bien formada, exquisitamente contorneada.

¡Maravillosa! Estaba sensacionalmente maravillosa.

Con un pantalón negro que encarcelaba la línea de sus piernas y caderas estrechamente. Con una blusa verde, escotada, que mostraba un fugaz atisbo de la línea firme de sus senos prietos.

—Eso mismo podría preguntarte yo, Mark. ¿Crees que te has portado como un caballero? Marcharte de París sin ni siquiera despedirte de mis padres.

—Hubiera sido verte de nuevo —confesó Mark implícitamente.

Dominique, en juvenil y encantador arrebató, con una espontaneidad ajena al instinto, se arrojó al cuello de Mark rodeándolo con sus brazos.

Apstein, vencido, rota en mil pedazos su voluntad, se encontró ciñendo la breve cintura, estrechando aquel cuerpo frágil y tibio contra el suyo y besando largamente la roja boca de Dominique.

Jacques largó un silbido de revista americana.

—Si interrumpo —dijo irónico—, volveré más tarde.

Se apartó la muchacha, coloreadas ambas mejillas por un intenso rubor.

—Pequeña —habló Mark—, deja que me acomode. Nos veremos dentro de un par de minutos en el vestíbulo.

—Prométeme que no escaparás de nuevo, escritor.

Sonrió él.

—Prometido.

Apstein se fue en pos de Jacques mientras Dominique regresaba al vestíbulo hundiéndose en un mullido butacón.

Así la encontró Mark, al cabo de un par de minuto exactamente, cuando regresó abajo luego de entregar la llave a la morenaza y soportar su insultante mirada.

—¿Sabes que me hospedo aquí, Mark?

—Acabas de decírmelo.

Se levantó ella.

—¿No me invitas?

Señaló él la puerta y salieron a la calle para caminar unos pasos y colarse por la cristalera del primer *snack* bar que les salió al

encuentro.

Pasaron al fondo del local, tomando asiento en una solitaria mesa.

—¿Qué van a tomar? —indagó el camarero.

—Un «Martini» bien seco —pidió ella.

—Una copa de «Courvoisier» —encargó él.

Se retiró el camarero y la pareja se miró en silencio.

—¿Quién de los dos está dispuesto a iniciar el capítulo de las explicaciones...? ¿Tú, Mark?

Apstein retiró los cabellos castaños que caían rebeldes sobre su despejada frente.

—¿Explicaciones, Dominique?

No podía exigirse más hermosura en una mujer, no. Ni más gracia, en sus movimientos, en sus gestos, en su mirar.

—Mark... —musitó con voz extraña—, la vida no es un libro ni una novela. Un hombre sólo puede huir de una mujer por dos motivos. Primero: porque no le simpatice, simplemente porque no le guste. Segundo: porque le guste demasiado, porque no se quiera enamorar de ella. ¿Cuál es tu motivo?

Mark se dijo a sí mismo que no podía rehuir por segunda vez el mismo problema.

Contestó mirándola abiertamente a los ojos:

—Porque estoy enamorado de ti.

Llegó el camarero oportunamente, retirándose al punto que los hubo servido.

—Yo te quiero, escritor —confesó ella sencillamente—. Nada me separará de ti... nada.

Mark tomó un sorbo del coñac.

—¿Por qué has venido a Soissons? —inquirió como si tratara de cambiar los derroteros de la conversación.

Dominique paladeó su «Martini».

—Me sentí muy decepcionada al comprobar que habías huido igual que un hombre cualquiera. No me pareció una reacción propia de ti. Papá me dijo que los escritores erais gente extraña, que a veces obrabais de una forma incomprensible. No consiguió convencerme, Y como lo sabía, aprovechando que tiempo atrás me prometió un permiso para disfrutar unas vacaciones, me dijo que podía tomarlas. Unos días fuera, cambio de aires... ¡y a olvidar!

Pobre papá.

—Pobre mentirosa —musitó Mark, bebiendo un nuevo sorbo y mirándola por encima del borde del cristal.

—¿Qué insinúas? —inquirió con las mejillas encendidas.

—Afirmo. Estoy seguro de que mientes.

—¡Ah! —exclamó con los ojos brillantes—. Así que eres un engreído petulante pagado de ti mismo, ¿eh? ¿Crees que he venido a Soissons siguiéndote?

Mark acarició su firme mentón al tiempo que dejaba la copa sobre el mantel.

—No puedo creer eso —dijo convencido—, ya que ni yo mismo sabía a qué punto exacto del país iba a dirigirme. Francia es muy grande y tú no disponías de una sola pista para seguirme. Me he detenido en Beaumont un par de días, otros dos en Chantilly, en Senlistres... hasta que al fin he decidido venir aquí. Sé que nuestro encuentro ha sido puramente fortuito. Un accidente del destino. Pero estoy completamente convencido de que tú no has venido aquí de vacaciones como dices.

Dominique Leduc tardó unos instantes en replicar. Fugazmente, una sombra misteriosa pareció flotar en su mirada y un imperceptible estremecimiento dio la sensación de azotar su frágil cuerpo.

Pese a que lo que pudo parecer ilusión óptica sólo duró fracciones de segundo, fueron las suficientes para que un observador nato como Mark Apstein captara la fulgurante alteración experimentada en la sensibilidad de ella.

—¿Por qué había de mentirte?

Sonrió Apstein para sus adentros. Era la exacta pregunta a que recurría un personaje del papel cuando no encontraba argumentos para refutar una acusación. Era un pueril juego destinado a ganar tiempo.

—Sólo tú lo sabes. Sabes que mientes, no sabes cómo negarlo ni cómo afirmarlo.

Del bolsillo superior de la blusa, Dominique extrajo un paquete de «Navy Cut».

Ofreció un cigarrillo a Mark. Y éste observó el ligero temblor de sus dedos largos y ágiles.

Acercó la llama de su mechero al pitillo de ella. Exhalaban

ambos, espesas columnas de humo que fueron convirtiéndose en caprichosas espirales.

—¿Qué importa el porqué de las cosas cuando dos personas acaban de confesarse que se aman?

—La importancia es relativa —dijo él—. Nadie mejor que yo lo sabe. Pero necesaria, Dominique. Sobre todo cuando se adivina una sombra de temor en los ojos de una mujer como tú.

—¡Mark! ¿Deliras? Temor, ¿temor has dicho? ¿A qué o a quién he de temerle yo?

—Son las preguntas que debería formularte. Y adivino que ese temor está íntimamente relacionado con tu presencia en Soissons.

—¡Es absurdo, Mark! ¿Quieres dejar de ver en mí a la protagonista de una novela?

Apstein expulsó dos largas columnas de humo por la nariz.

—Trato de ver, simplemente, a la mujer de quien me he enamorado. Por eso me preocupas, Dominique.

Ambos apuraron el contenido de los cristalinos recipientes que tenían frente a sí.

Abandonaron la mesa y Mark se detuvo junto al mostrador para abonar la consumición.

Regresaron al hotel.

El resto del día transcurrió como aquellos alegres días que juntos habían vivido en París.

Por la noche, Mark la dejó en la puerta de su habitación, que era la doce, luego de un largo beso que unió sus bocas prolongadamente.

—¿Huirás de nuevo? —inquirió ella con la respiración entrecortada.

—No ahora, amor.

—Lo dices de una forma extraña.

—Presiento que vas a necesitarme.

La besó antes de que efectuara alguna pregunta. Seguidamente, con un: «¡Hasta mañana!», se alejó hacia su cuarto.

Dominique, alterado el palpar de su busto grácil, lo siguió con la mirada hasta verlo desaparecer por el cercano recodo del alfombrado pasillo.

Un suspiro escapó de sus labios mientras introducía la llave en la cerradura haciéndola girar.

Cerró la puerta lentamente una vez dentro del dormitorio, al tiempo que dos silenciosas lágrimas rodaban por sus bronceadas mejillas.

Conocerlo a él, amarlo, desear que nunca se separaran... ¿Por qué había dispuesto el destino que sucediera en aquellas circunstancias?

Encendió la luz.

—¡No grite, por favor! —exclamó el hombre que se hallaba derecho a los pies de la cama—. No vengo a causarle ningún daño... le ruego que no se alarme y me escuche.

Dominique, aterrada, se llevó ambas manos a la garganta.

Y en verdad, el aspecto del muchacho inspiraba confianza. Era joven, de su misma edad aproximadamente. Unos veinticuatro años de edad, a lo sumo. Tenía el cabello rubio y profusamente ondulado, los ojos azules y la tez blanca. El resto de sus facciones era agradable.

—¿Qué... quiere de mí? —preguntó con un estremecimiento.

—Ya le he dicho que no es mi intención causarle daño. ¿Se llama usted Dominique Leduc?

Asintió ella, notando que no reunía el suficiente aliento para expresarse con palabras.

—¿Ha recibido una carta citándola aquí, verdad? —preguntó nuevamente el joven dando un paso hacia ella.

—Sí...

—En esa carta le hablan de una medalla de latón que lleva usted colgada al cuello desde niña, ¿es así?

Cabeceó otra vez.

—¡Sí! ¡Sí! ¿Usted me escribió la carta?

Sonrió el muchacho con tristeza.

—No. Yo he recibido otra igual. Y como usted he sido citado en este hotel de Soissons —hizo un alto, miró a la mujer con una extraña ternura. Dijo, lentamente—: Tú y yo, somos hermanos.

Dominique Leduc desorbitó los ojos. Abrió las manos que hasta entonces apretara en torno a su cuello.

—¡No... eso no es posible!

Se acercó él hasta que sólo les separó un paso.

—Sí, Dominique. Tu verdadero apellido es Blondin. También es el mío aunque mis documentos me acrediten como Joel Boule.

La muchacha, cediendo a un confiado impulso, desvaneciéndose el miedo que la había dominado ante la sorpresa de encontrar un intruso en su habitación, dio el paso que les separaba.

—¿Mi... hermano? No comprendo nada. Yo soy hija única, nací en París, mis padres viven allí. Debe existir un equívoco, una horrible confusión.

—No, Dominique, no existe esa confusión —le dijo él con agradable voz—. Somos hermanos. Cinco en realidad. Simone, Martine, Geneviève, tú y yo. Todos llevamos un medallón parecido. Un pedazo de toso latón que oculta el secreto de...

Las cortinas de vaporoso blanco que ocultaban la terraza paralela a lo largo de la habitación, se henchían rítmicamente al recibir el tímido impulso de la brisa que ascendía desde las aguas del Aisne.

Ahora, en el momento que el muchacho pronunciaba la que parecía ser frase reveladora de aquel enigma incomprensible que como una tupida red se cernía sobre el pensamiento de Dominique, ondularon con más fuerza las vaporosas cortinas.

Y asomó por entre ellas el oscuro y sombrío ojo del cañón de una automática provista de silenciador.

—... un tesoro que nuestro...

¡Plop! ¡Plop!

Sonaron sucesivamente ambos taponazos confundiendo en uno solo. El hombre enmudeció de repente, abrió los ojos, un hilo de sangre asomó por la comisura de sus labios y se desplomó pesadamente hacia adelante tropezando con el cuerpo de Dominique.

¡Plop!

No pudo evitar la muchacha que aquel hombre que había pronunciado frases tan incomprensibles, tan extrañas y confusas, cayera encima de ella cuando ya era un cadáver. Y eso la salvó de recibir el proyectil que a ella había sido destinado.

—¡Aaaaah!

El grito, infrahumano, espeluznante, agónico, brotó de su garganta cual si lo arrancasen brutalmente de las cuerdas vocales.

Se debatió con desespero zafándose al cuerpo que tenía sobre ella y corrió horrorizada en busca de la puerta.

Gritando de nuevo en espectral gorgoteo.

—¡Aaaaah!

Como una visión fugaz desfiló ante sus ojos aterrados una figura que surgía tras los cortinajes. Un fantasma embutido en negro dominó y cubierta la cabeza por un largo capuchón de igual color.

En segundos alcanzó la puerta y salió al pasillo cuando ya el cuarto disparo la perseguía.

¡Plop!

Impactó en la hoja de madera arrancando esquirlas de ella.

¡Socorro! ¡Mark, ayúdame!

Corría por el pasillo, jadeante, enloquecida, febril la mirada, sin saber adónde se dirigía.

Abriéronse varias puertas al mismo tiempo. Asomaron por los huecos rostros sorprendidos y soñolientos.

—¿Qué ocurre? —inquirió alguien.

Una mujer madura aprovechó para exhibirse en camión ante los adormilados ojos de un calvo cumplido en quintas.

—¡Mark! ¡Mark!

Se escucharon entonces los pasos de varias personas que ascendían velozmente por la escalera.

Dominique, ciega de horror, seguía corriendo pasillo adelante. Hasta que tropezó con algo y se encontró encerrada entre los brazos de Mark Apstein.

Besó amorosamente los finos cabellos. Con infinita ternura acarició el lloroso óvalo de bronce.

—Cálmate, serénate mi amor. ¿Qué ha ocurrido?

Refugiándose en el tórax atlético del escritor rompió en un llanto histérico, inconsolable.

Entre sollozos, jadeos y suspiros, consiguió decir:

—¡Han matado a un hombre... lo han asesinado... en mi habitación!

Mark nada dijo.

Pero su cerebro parecía haberse encendido al rojo vivo. Estar en ebullición. ¡Qué acertado había sido no huir de nuevo! Sus instintivos presentimientos, su intuición profesional no le había engañado. Algo muy extraño y confuso estaba sucediendo en la vida de Dominique. Sí, lo adivinó en la sombra de sus ojos. En el temblor de sus dedos largos y suaves.

—Procura calmarte, querida. Haz un esfuerzo y verás como todo

resulta más sencillo.

Dominique alzó la cabeza para buscar los ojos de Mark, en busca del apoyo de que tan necesitada se sentía.

Y en aquel instante, proveniente del otro lado de una habitación, se escuchó un alarido bestial, agónico, aterrador.

—¡Aaaaaaaah!

El frágil cuerpo de Dominique se convulsionó entre los brazos de Mark, azotado por estremecimientos que parecían descargas eléctricas.

Se escucharon gritos de pánico, exclamaciones, exabruptos, voces que trataban de imponer orden.

Y carreras.

Todo fue inútil. Una caótica confusión pareció adueñarse de los huéspedes del «Grande Hotel Reims».

Mark Apstein, tomando en brazos a Dominique, la condujo a su habitación.

Cerró la puerta corriendo la cadenita de seguridad. Luego, con sumo cuidado, depositó su deliciosa y asustada carga en un mullido y ancho butacón.

—¡Mark... amor! ¡Ha sido horrible! ¡Me volveré loca... loca!

—Dominique, vuelve en ti. Procura coordinar con sensatez y explicarme lo ocurrido.

Empieza por decirme el verdadero motivo que te ha traído a Soissons. Un silencio salpicado de sollozos y suspiros.

CAPÍTULO III

Los sollozos y suspiros fueron ahogándose, pero el silencio se prolongó a lo largo de varios minutos.

Dominique, se limpió tímidamente las calladas lágrimas que rodaban por sus bronceadas mejillas.

Clavó sus pupilas en el hombre, que paseaba frente a ella con las manos en la espalda, pronunciando al fin con quebrado acento:

—Tenías razón, Mark. Te he mentido.

Apstein le sonrió animadoramente.

—Es mejor así, pequeña. Explícame todo lo sucedido desde el principio. Antes de que venga la policía... así podré ayudarte.

Tosió ella tratando de aclarar la garganta.

—Recibí una carta... —hundió su mano derecha en el escote extrayendo de él un papel que tendió a Mark—. Léelo.

Apstein desdobló la arrugada cuartilla y pasó sus ojos por encima de las letras mecanografiadas en mayúscula. Se leía:

«Dominique: Si quieres hacer importantes descubrimientos acerca de tu origen, si quieres saber la historia de esa medalla que pende de tu cuello, ven a Soissons. Alójate en el “Grande Hotel Reims”, y espera que me ponga en contacto contigo».

Sin firma.

Mark Apstein estudió el papel curiosamente.

—¿Cuándo recibiste esto?

—Hace un par de días.

Reinó un breve silencio entre la pareja.

—¿Cómo sondeaste a tu padre para que te dejara venir sola a Soissons?

—Me he servido de ti —confesó bajando la voz—. Una escena de llantos. La chica enamorada locamente por primera vez que ve huir al hombre amado. La que necesitaba escapar del escenario en que ha sucedido el idilio para olvidar, la que llora desesperadamente. Y mi padre, el que todo lo daría por ver feliz a su chiquilla desconsolada...

—Algo así suponía —cabeceó Mark—. Ahora, explícame lo que acaba de suceder en tu habitación.

Dominique, tratando de escapar al llanto que oprimía su garganta y a las lágrimas que pugnaban por saltar de sus bellos ojos, narró lo ocurrido desde el momento en que se despidieran a la puerta de su dormitorio.

Al término de sus palabras, Apstein pareció reflexionar largamente por espacio de unos minutos.

—Déjame ver esa medalla —dijo el hombre de repente.

Ella, sacando la cadenita por fuera de su cabeza, tendió el medallón a Mark.

Lo estudió el hombre con detenimiento. Era un círculo mal hecho de latón, obra sin duda de unas manos torpes, que aparentemente no tenía valor alguno.

Pero se sorprendió notablemente al observar el grabado. En la parte superior, siguiendo el borde redondo, decía: *Medaille-4*. Debajo veíase cincelado un extraño dibujo que representaba la losa de una tumba y bajo ella, la inscripción: *Tombe-28. Appeler 4 Lettre*.

Por último, alrededor del semicírculo inferior, otras palabras grabadas: *Or-Reims*.

Un auténtico e incomprensible jeroglífico.

—A simple vista es absurdo —musitó Mark—. Pero indudablemente encierra algún significado. ¿Desde cuándo tienes esta medalla?

—Se remonta a mi niñez... recuerdo haberla conocido siempre.

El cerebro de Mark Apstein trabajaba velozmente tratando de establecer un nexo de unión entre aquella serie de extraños sucesos.

Una carta que hablaba de revelaciones ligadas con el origen de

una muchacha que, según aquello, resultaba ser quién no era. La repentina aparición de un hombre desconocido que aseguraba eran hermanos... citando a otros tres. Una medalla cuyo grabado encerraba un secreto imposible de descifrar.

¿Una novela de la propia vida?

—No le cuentes nada de todo eso a la policía, Dominique —dijo repentinamente Mark Apstein—. Limítate a decir que has encontrado a ese muchacho en tu dormitorio al entrar y que le han disparado por la espalda en el momento que se disponía a hablarte. ¿Entendido?

Ella, dubitativa, asintió con la cabeza:

—Sí... ¿Pero por qué?

—Quizá para evitarle conflictos a tu padre, quizá porque siento una enorme curiosidad por descifrar este enigma... puede que por ambas cosas, y sobre todo, porque te quiero.

Dominique se levantó de la butaca. Mark la cogió en sus brazos y besó aquella boca tan roja y fresca apasionadamente.

—Cuidaré de ti, pequeña —murmuró suavemente.

En aquel mismo instante golpearon sobre la puerta de una manera imperiosa.

CAPÍTULO IV

Era un hombre de mediana edad, alto, delgado, de rostro enjuto y pómulos salientes. Tenía un par de ojos muy negros, pequeños, pero de movilidad extraordinaria y con la fuerza escrutadora de los de un águila.

Vestía de riguroso luto, llevaba guantes, corbata de lazo y se tocaba con un sombrero que en otro individuo hubiera resultado cómico y en él resultaba agorero.

Todo un policía del 1800 se dijo Apstein. Pero con un cerebro ágil, moderno y peligroso.

El extraño individuo permaneció unos segundos contemplando al que le había abierto la puerta. Luego, por encima del hombro de aquél, cuya estatura era superior a la suya, distinguió a la temblorosa muchacha que se hallaba dentro de la habitación.

Decidió presentarse al fin:

—Soy el inspector Alain Lamorisse de la Brigade Mobile, Police Judiciaire^[3].

—¡Oh, no! —exclamó seguidamente al ver que el otro se disponía a hablar—: Usted es Mark Apstein, conocido escritor norteamericano, que se encuentra en Francia para escribir un libro que piensa titular: «Antología y Análisis de una Contienda». Si he cometido algún error, corriójame. *Mademoiselle*... —señaló con el índice a la muchacha—, es Dominique Leduc, de París, en viaje de turismo, se aloja en la habitación número doce de este hotel y en ella acabamos de encontrar el cadáver de un hombre que parece llamarse, Joel Boule. Ambos, quedan por el momento a mi disposición.

—Es admirable —habló Mark con sorna—, la rapidez, seguridad, contundencia y deducción con que opera la policía francesa.

Lamorisse, inclinándose de una forma que pudo ser réplica burlona al tono empleado por el escritor, repuso con fría sonrisa:

—Elogios dignos de ser muy considerados, máxime si se tiene en cuenta que los pronuncian labios americanos. Merçi, m'sieu.

Y ahora, ¿quiere explicarme lo que *mademoiselle* Leduc está haciendo en su dormitorio?

La pregunta era capciosa, e intencionada, por supuesto.

—Dominique y yo, nos conocimos en París hace unos días —dijo Mark con voz clara y segura—. Un hombre como usted, inspector Lamorisse, no puede ignorar que el padre de la señorita es director de la «Association des Auteurs et Editeurs». Hemos vuelto a encontrarnos casualmente en Soissons. ¿Es delito en Francia que un hombre y una mujer cenén y bailen juntos? Luego la he dejado en la puerta de la habitación, y al entrar, se ha encontrado...

—No, no, no —interrumpió el policía con una sonrisa irónica—. Creo que será mejor que nos explique ella... «con lo que se ha encontrado». ¿O también estaba usted allí? ¿Me permite pasar m'sieu

Apstein?

Mark se hizo a un lado y Lamorisse penetró en la estancia dirigiéndose hacia Dominique.

Los dos individuos que acompañaban al policía permanecieron en el umbral sin trasponerlo.

—Veamos, *mademoiselle*, ¿qué ha sucedido en su habitación?

Dominique Leduc, con decisión y aplomo, dando muestras de una serenidad que contrastaba con su anterior actitud y que sorprendió al propio Apstein, relató los hechos tal como éste le había dicho que los explicara.

Dijo al final que había salido de su cuarto, corriendo aterrorizada, en busca de auxilio. Hasta tropezarse con Mark.

—Bien, bien, bien —musitó Lamorisse, como si dijera: «Dudo que ésa sea la verdad»—. ¿Era la primera vez que veía a ese hombre?

—Sin duda alguna, inspector. Jamás lo había visto.

Lamorisse paseó por la estancia curioseando con indiferencia al tiempo que murmuraba:

—Quería hablarle, pero no ha tenido tiempo porque le han

disparado por la espalda, ¿es eso?

—Sí —afirmó Dominique.

El inspector sonrió de una forma ambigua.

—¿Qué le hace suponer que ese hombre estaba esperándola en la habitación para... hablarle?

Dominique se mordió el labio inferior.

—Me ha parecido que intentaba iniciar una conversación.

—¡Ah! Le ha parecido... —Alan Lamorisse torció la cabeza mirando a Mark con un rictus escéptico—. ¿Qué debe suponer una mujer hermosa, m'sieu

Apstein, cuando al reintegrarse a su dormitorio se encuentra con un desconocido?

Mark se encogió de hombros.

—Usted es el policía y a usted le toca hacer las suposiciones.

—¡Ya! —exclamó—. Yo soy el policía. No obstante, por tratarse de un escritor, quería ofrecerle el privilegio de que me explicara los pensamientos de una protagonista de sus libros al encontrarse en una situación parecida a la de *mademoiselle* Leduc. Una reacción lógica, humana. Por ejemplo, pensar que ese hombre trataba de robarla. O suponer, terriblemente asustada, que trataba de obtener sus hermosos encantos por la fuerza... ¿pero por qué pensar que sólo quería hablarle? Eso se hace en la calle, en el vestíbulo del hotel, en un bar... ¿qué necesidad hay de introducirse subrepticamente en la habitación de una mujer para hablarle? No, no, no. Es una explicación ilógica. ¡Ah!, en el supuesto de que el tal Boulle no haya dicho algo que mademoiselle Leduc... trate de ocultarme.

Dominique, chispeantes los ojos, rojas las mejillas, bonita como Mark no la viera hasta entonces, gritó:

—¡No tengo por qué ocultar nada!

Sonrió flemático Lamorisse.

—*Par faveur*, no se excite. Nadie la está acusando de nada —envolvió a la pareja en una enigmática mirada, invitándoles—: ¿Quieren acompañarme... si son tan amables?

Asintieron ambos saliendo tras el inspector y seguidos los tres por quienes habían permanecido en el umbral. Llegaron a la habitación número doce. No se tropezaron con nadie por el pasillo.

Todos los cuartos se hallaban cerrados. Reinaba un misterioso silencio.

—Ahí tenemos al occiso —dijo Lamorisse, señalando el cuerpo de Joel Boule, tendido de bruces sobre la alfombra. Volvióse el inspector hacia Mark, interrogando—: ¿Ha escrito algo de género policíaco, m'sieu?

—No. Me dedico a otro tipo de literatura.

—*Voilà!* Los temas de intriga interesan al público. Vamos a ver si yo le proporciono un buen argumento. ¿Quiere acercarse, por favor?

Mark caminó al lado del inspector y ambos se inclinaron sobre el cadáver.

—Fíjese en el cuello, Apstein —dijo Lamorisse prescindiendo ahora del tratamiento—. ¿Ve esa señal roja... ese círculo que va tornándose morado?

Era cierto. Por debajo de la nuca de Boule, un centímetro por encima del cuello de la camisa, veíase un semicírculo de matiz rojo-violáceo.

—¿Qué supone usted, inspector?

—Obvio, *mon ami*. Elemental, como diría Holmes. Le han arrancado violentamente la medalla que llevaba colgada al cuello.

Mark, asintió para sus adentros.

—Es posible —apuntó en voz alta.

—Es seguro —dijo Lamorisse, contundente. Añadiendo—: Lo cual confirma que este hombre no era un ladrón ni tampoco un lujurioso admirador de *mademoiselle* Leduc. En efecto, quería hablar con ella. Pero como ella ha salido de la habitación antes de que el asesino le arrebatara la medalla al cadáver... me asombra que haya supuesto que Boule sólo quería hablarle. ¿De qué? ¿Por qué?

Mark se mantuvo en silencio.

—¿Quiere seguir acompañándome? —inquirió Lamorisse acto seguido.

Dominique fue conducida al vestíbulo por los dos subalternos del inspector, mientras éste y Mark se dirigían a la habitación dieciséis.

Igual que las otras, de la misma capacidad, exacta su distribución y su mobiliario.

Con otro cadáver.

Entonces recordó Apstein el horrible alarido que había escuchado al tiempo que trataba de consolar a Dominique en el pasillo.

Esta vez, era una mujer. De unos cincuenta y dos años aproximadamente. De todas formas, la edad no ocultaba por completo la hermosura que en ella había existido. Ni la viveza de sus ojos negros. Ni tampoco la rotundidad de sus formas que parcialmente descubría el camisón de dormir.

Ni el balazo que tenía entre las cejas.

Tendida sobre el lecho con la cama revuelta y la inmensa negrura de sus ojos, vidriosos ahora, clavada eternamente en el techo.

—Yo supongo —dijo Lamorisse inclinándose hacia la yacente—, que la bala ha sido disparada por la misma pistola que ha matado a Joel Boule. Los expertos en balística se encargarán de confirmarlo. Y también supongo, que entre ambos crímenes ha mediado un lapso de tiempo de seis minutos a lo sumo. El asesino, aprovechando la confusión provocada por *mademoiselle* Leduc al salir gritando de su habitación, ha consumado su propósito. Ahora bien, aun suponiendo que sea cierta mi teoría sobre la pistola, hay un detalle que nos extraña y despista... —hablaba en plural, tratando a Mark como si fuese uno de sus hombres—. Ella, no llevaba medalla. Al menos, el asesino no ha dejado huellas. Y es de suponer que no se hubiese entretenido abriendo el cierre si no que, igual que con Boule, la hubiera arrancado de un tirón. ¿Está conmigo, m'sieu Apstein?

—He de suponer que usted está en lo cierto —se evadió Mark—. Mis dotes detectivescas son muy limitadas.

Lamorisse, sin replicar, acercóse a la mesilla de noche y tomó la novela que había encima de ella.

—Se llamaba, Colette Darbois —dijo. Agregando con estudiada lentitud—: Era... escritora.

—¡Sí! Ya me dijeron al llegar que había una colega en...

Mark Apstein se interrumpió bruscamente acercándose al cadáver y escrutando las facciones de la muerta con atención.

Habló, meditativo, al cabo de unos segundos:

—Permítame que le saque de un lamentable error, inspector.

—¿Sí? —interrogó Lamorisse un tanto irónico.

—Esta mujer no se llamaba Colette Darbois. Tampoco era escritora.

Alan Lamorisse soltó un respingo. Miró a Mark con mucha atención y seriamente.

—Explíquese —dijo tajante.

—Colette Darbois fue el seudónimo empleado en sus novelas por Nathalie Le Bailly. Y ella, murió hace dos años en Chartres a consecuencia de un derrame cerebral. Tengo en casa un par de fotografías de Nathalie. No se parece en nada a esta mujer. Es cosa que podrá constatar rápidamente, inspector.

Lamorisse sonrió ahora.

—Lo suponía,
m'sieu

Apstein. Pero estaba seguro de que usted confirmaría mis sospechas. Además, me he tomado la molestia de curiosear las pertenencias de la difunta —hizo una pausa, se dirigió al armario y regresó con un par de libritos que tendió a Mark. Éste les recogió, mientras Lamorisse añadía—: Ilústrese con tan succulentos grabados.

La portada en sí, ya era por demás ilustrativa. Adecuado prólogo de lo que había de seguir.

Una de las impresiones pornográficas más asquerosas que Apstein había tenido en sus manos.

—Deprimente —musitó.

—Exacto. Eso mismo he pensado yo. No era lógico que una escritora como Nathalie Le Bailly —aunque yo ignoraba que estuviese muerta— se dedicara a leer esa porquería. Y menos, a viajar con ella encima.

—¿Y a qué le conduce todo eso, inspector?

—A nada. Ahí está lo malo. ¿Quiere seguirme de nuevo si es tan amable?

Mark asintió, saliendo tras el policía. Se encaminaron al vestíbulo en donde, cubiertos con largas batas, se hallaban todos los huéspedes del hotel que no eran muchos.

A excepción de Dominique, los demás, por su ya citada indumentaria, mostraban señales evidentes de haber sido levantados de la cama.

Uno de los hombres de Lamorisse se acercó a éste para decirle que habían efectuado todos los interrogatorios sin resultado positivo.

El inspector, plantándose en el centro del círculo que formaban las butacas y butacones, dirigió a todos una sonrisa extraña.

—Venga,

m'sieu

Apstein, por favor. Quiero presentarle a sus convecinos.

Mark se situó junto a él.

—*Herr* Ludwig Doenitz —anunció, extendiendo el índice de su mano derecha sobre un individuo que no podía ocultar su origen germano—. *Mademoiselle* Simone Darrieux —señaló ahora una mujer de unos treinta y seis años que tenía una presencia deslumbradora y unos pródigos y generosos encantos que se adivinaban por el escotado camisón—. *Mademoiselle* Martine Gatard —cayó el índice sobre una esplendorosa pelirroja que mostraba con descaro un par de bien formadas piernas—. *Mademoiselle* Geneviève Manent —le tocó el turno a la mujer más bonita de todas, a la más recatada, la de rostro más angelical y la que parecía más afectada, junto con Dominique, por los horribles y extraños sucesos ocurridos—. *Monsieur* Auguste Reynaud —era éste un hombre de regular estatura, macilento, grueso, de rostro vulgar y con unos sesenta años sobre la espalda un tanto encorvada. Tras una pausa, siguió el inspector—: Junto con Boule, la falsa Nathalie, Dominique y usted, m'sieu

Apstein, se compone el total de nueve huéspedes alojados en este hotel en el momento de cometerse ambos crímenes. Descartadas las víctimas, puesto que no se han suicidado, ¿de quién debo sospechar?

—Pudo ser alguien que no se hospedara aquí —insinuó Mark.

—Pudo ser, desde luego —cabeceó Lamorisse ambiguamente, sin dar de todas formas demasiado margen de confianza a la teoría. Y repitió—: Pudo ser, ¿por qué no?

Se hizo un silencio a continuación. Uno de esos silencios espesos y densos, asfixiantes, que presiden las situaciones incómodas.

Veíase claramente que ninguno de los protagonistas de tan singular escena sabía encontrar su lugar en la insólita y desconcertante situación.

Lamorisse, tranquilo. Mark, reposado. El primero con ojos acusadores y el segundo con interés, recorrieron atentamente, uno a uno, el rostro de los reunidos.

Apstein, dejaba trabajar su cerebro entretanto. Uniendo hechos y palabras inconexas que, para él, empezaban a tener cierta lógica.

Joel Boulle le había dicho a Dominique que eran hermanos. Que su apellido era Blondin. Mencionó tres nombres más antes de ser asesinado: Simone, Martine, Geneviève.

¡Y allí, en el hotel, estaban hospedadas tres mujeres con esos nombres!

Una medalla que ocultaba una clave. ¿Tenían ellas otra de igual?

¿Cómo encajaba en todo aquello la muerte de una mujer que habíase hecho pasar por la escritora Nathalie Le Bailly?

—¿En qué piensa, Apstein? —inquirió de improviso Lamorisse.

—¡Oh! En nada concreto inspector.

—Bueno... ya imagino que todo esto le dará que pensar a un escritor. Espero haberle proporcionado los preliminares para su primer argumento policíaco. Me encargaré también de comunicarle la solución del caso.

—Y... ¿será pronto eso?

—Es posible, *monsieur* Apstein. Es posible. Y ahora, señores. —Lamorisse dio un vistazo a todos los reunidos girando sobre los talones, en redondo, y diciendo—: me disculparán. No creo necesario advertirles la imposibilidad de abandonar Soissons sin mi previa autorización. Oportunamente serán llamados a ratificarse y firmar sus declaraciones... e invitados a añadir algo que no recuerden en este momento y que haya acudido a su memoria posteriormente. ¿De acuerdo? Una vez retirados los cadáveres podrán volver a sus habitaciones... y descansar.

Hizo una seña a sus subalternos y salió con aquellos del hotel.

—¡Qué situación tan absurda! —exclamó de inmediato Simone Darrieux. Descruzó negligentemente sus largas piernas permitiendo que se entreabriera el salto de cama y mostrase la dorada línea de sus prietas pantorrillas. Miró a Mark con fijeza al tiempo que arreglaba estudiada y lentamente su ropa—. ¿No le parece a usted... *monsieur* Apstein?

El escritor la miró de abajo arriba y se acercó para encender el

pitillo que ella había colocado entre sus labios.

Dominique no pareció ver con buenos ojos el coqueteo a que Simone sometía a Mark.

—¿Considera absurdos dos crímenes, Simone? Intervino *Herr* Ludwig Doenitz, con su rubia y rapada cabeza hacia delante, preguntando a modo de respuesta:

—¿Y por qué tenemos que ser uno de nosotros...? Martine Gatard, clavando sus azulados ojos en el alemán, jugando de inconsciente y peligrosa manera con el escotado «deshabillé», repuso:

—El que se sepa inocente, nada tiene que temer. ¿No opinas tú así, preciosa? —formuló la pregunta mirando a Dominique. Y preguntó de nuevo encarándose con Mark—: ¿Qué dice al respecto nuestro galante y dinámico escritor americano?

Apstein escrutó a la pelirroja luego de apartar sus ojos de Simone. La primera sabía que era escritor y la segunda había pronunciado correctamente su apellido con sólo oírlo un par de veces en labios de Lamorisse. ¿Significaba eso que ambas se habían interesado por él con anterioridad? ¿Por qué preocuparse acerca de un huésped desconocido que apenas llevaba veinticuatro horas en el hotel?

A no ser... a no ser que la morenaza de recepción hubiera corrido la voz, claro.

En aquel instante, por la escalera, descendieron cuatro hombres, en grupos de dos, portando un par de camillas cubiertas con un lienzo blanco.

—Yo digo —habló Mark con cierta ironía, mirando a la estupenda pelirroja con intención—, *mademoiselle* Martine, que dado el caso de que «todos tenemos la conciencia tranquila» y ya que acaban de retirar los cadáveres, siguiendo las consignas del inspector Lamorisse, debemos retirarnos a... descansar.

Geneviève, la del rostro angelical de belleza serena, entrecerró los hermosos párpados que ocultaban sus preciosos ojos turquesa, musitando:

—No es usted precisamente un *Poirot, chéri*.

Mark, constató que la forma de expresarse de aquella muñeca, su voz mordaz y negligente a un tiempo, estaban en notable desacuerdo con su cautivador aspecto físico.

—Ni pretendo serlo, *mademoiselle*. Me dedico a las letras, no a los crímenes.

Dicho esto se acercó a Dominique quien, hasta entonces, permaneciera en pie y silenciosa.

La tomó suavemente por un brazo.

—Vamos, querida. Dormirás en mi habitación y yo lo haré en la tuya.

No fue necesario, porque en aquel preciso momento, el individuo que por la noche sustituía a la morenaza les dijo a los huéspedes que, por orden del inspector, se les había asignado nuevas habitaciones.

Todas en la segunda planta. Les entregó la llave a cada uno, pero no se atrevió a desearles las buenas noches.

Ascendieron por la escalera comentando a media voz. Auguste Reynaud, que tampoco había despegado los labios hasta el momento, se acercó a Mark, diciéndole:

—¿Cree de veras que uno de nosotros ha cometido ese doble crimen?

Parecía asustado. O al menos así lo creyó Apstein al tropezar con sus ojos castaños de huidiza mirada.

—¿Por qué me lo pregunta a mí?

Reynaud abrió ahora los ojos.

—Pues... no sé. Me ha parecido que el inspector lo trataba a usted de otra forma.

Como... como si le considerara libre de toda sospecha.

—Posiblemente porque comprende que lo estoy. ¿No se le ha ocurrido pensar eso?

Dominique habíase detenido en el primer rellano esperando a Mark que, en su charla con Reynaud, se iba rezagando.

El francés, aturullado, gesticulando torpemente y expresándose con incoherencia, balbució:

—Bueno... sí, claro que pienso... yo supongo que un personaje como usted, en fin, que nada tiene que ver con los asesinatos. Sólo quería saber si usted pensaba... bueno, si creía que alguno de nosotros...

—Le entiendo, *monsieur* Reynaud. Pero no tengo autoridad para suponer, pensar... y mucho menos sospechar o acusar. ¡Buenas noches!

Alcanzó el rellano ciñendo a Dominique por la cintura, apretándola suavemente contra él y subiendo junto a ella hasta el segundo piso.

A la muchacha le habían asignado la habitación treinta y cuatro, la cual, hallábase en el recodo opuesto del pasillo a cuyo final asomaba la cuarenta y tres, ocupada ésta por Apstein.

Los demás huéspedes, en silencio, fueron entrando en sus dormitorios. Sólo ellos quedaron en el pasillo.

—Mark, amor, tengo mucho miedo —susurró Dominique mientras él besaba amorosamente sus cabellos, su frente, sus ojos y terminaba sellando su boca con un ósculo apasionado y ardiente.

—¡Oh, Mark! —repitió ella, rodeando el cuello del hombre con sus manos—. Bésame... sigue besándome. Sólo entre tus brazos me siento protegida, sólo tus besos me hacen vivir... ¡tengo tanto miedo!

—Muñeca, sé juiciosa. Nada va a ocurrir. Además, estoy cerca de ti. Sólo tienes que gritar mi nombre y acudiré a tu lado. Cuando amanezca, si quieres, entraré para hacerte compañía.

—Sí... sí, claro que lo deseo.

Mark, entró en la habitación antes que ella dando un vistazo por todos los rincones.

—Puedes descansar tranquila, amor.

Entre un beso y otro la despedida fue prolongándose hasta casi hacerse interminable. Ninguno de los dos deseaba separarse del otro.

CAPÍTULO V

Mark Apstein había dicho muchas veces, y repetido a sí mismo, que un escritor era un hombre al que nada hacía diferente a los demás.

Y no era una de esas argucias de inmodesta-modestia a la que tan dado y aficionados eran algunos literatos.

Sin embargo, en aquel momento, hubo de reconocer el hombre que su reacción era diferente a como hubiera sido la de otro.

No. No se sorprendió en absoluto.

Quizá por esa razón casi lógica de que estaba acostumbrado a plantear escenas inverosímiles, extrañas, dejaba de sorprenderle que la vida se las planteara a él mismo.

Se limitó a mirar detenida y curiosamente a la mujer. De esa forma en que un hombre, sea lo que sea y aunque esté enamorado de otra, mira a una mujer bonita.

Extraordinaria. Porque extraordinaria era aquella pelirroja llamada Martine Gatard.

Estaba sentada en una de las butacas cercana a la pequeña mesa escritorio que había junto a la pared izquierda de la estancia. Mirándole con fijeza desde el fondo de sus maravillosos ojos color turquesa, entreabierto el invitador y escotado deshabillé.

Era fácil observar la agitada respiración a través del rítmico pero rápido subir y bajar de sus senos ampulosos, erectos, bien formados, que mostraba generosamente hasta medio busto.

—Me imagino que no gritará —dijo ella, descruzando las piernas perezosamente.

Mark, sonriente, se acercó. Con rápidos e inesperados movimientos, suponiendo que la mujer equivocaría su acción, tomó el «deshabillé» cuidándose de cerrarlo por completo.

—Tratar de impresionarme como lo haría en París cualquier «callejera» de Montmartre, me parece impropio de ti, Martine. Te suponía mejor y con recursos más hábiles. Por lo menos, no tan vulgares.

Aquellas palabras, duras, pronunciadas con burlón matiz, laceraban el rostro como el más doloroso bofetón.

—¡Eres odioso, americano!

—¿Has corrido el riesgo de poner en duda tu reputación colándote medio desnuda en mi dormitorio... para decirme que soy odioso?

Martine, cuidando mucho ahora de que sus ropas no permitieran indiscreciones, se puso en pie.

—No —dijo, dando unos pasos hacia él.

—¿Entonces?

—He venido por dos motivos, Mark Apstein.

Trató él de penetrar en el cerebro de aquella hembra extraordinaria, quiso adivinar su juego, el papel que representaba en la comedia que convertía en extraños actores a los huéspedes del «Grande Hotel Reims».

—Explícate.

Martine, jugueteó indolente con su espumosa cabellera.

—Para decirte que eres el hombre más interesante que he conocido, para que sepas que la mirada penetrante de tus ojos grises me apasiona...

—No eres original, muñeca.

—... para que sepas que me gustaría sentir tu boca sobre la mía...

—¿Y para qué más, mi apasionada francesita?

Bruscamente, cambió la expresión de Martine. Se quedó muy seria. Incluso se apagó el brillo de sus ojos.

—Para... para que sepas que tengo mucho miedo y pedirte que me ayudes.

Mark, con suave firmeza, la tomó por los hombros. Resbalaron sus dedos por la transparencia pero se detuvo a tiempo.

Martine, cerrados los ojos, se mantuvo unos segundos con su jugosa boca entreabierta.

Pero no llegó el beso que ella anhelaba. El beso que quizá, ignorándolo Mark necesitaba.

—¿Ayudarte? ¿En qué y por qué?

La mujer cerró los labios al tiempo, que abría los ojos.

—¡Mark! ¡Me matará! ¡Me matará como a Joel!

Intrigado ahora el escritor; indagó:

—¿Qué sabes tú de Joel?

Suspiró ahogadamente.

—Que era mi hermano —dijo en tono quedo.

Una luz brillo en el cerebro de Apstein y su interés creció inusitadamente.

—¿Quién te lo dijo?

Martine, abatida, mostrándose diferente, renunciando a su papel de mujer irresistible, tomó asiento de nuevo.

—Estaba escondida en la habitación de Dominique cuando ella llegó. Pude oír lo que Joel y ella hablaron. Y... ¡vi cómo el asesino disparaba su pistola!

Mark, acercó la otra butaca sentándose frente a ella. Durante unos segundos permitió que el silencio se impusiera entre ambos. Luego, alzando suavemente la inclinada barbilla, preguntó:

—¿Qué hacías en el cuarto de Dominique?

—Seguir a Joel.

—¿Por qué?

Igual que si experimentase un inaguantable deseo de sincerarse con alguien, de comunicar su secreto y compartirlo para que no fuese tan penoso, habló fluidamente:

—Sorprendí a Joel cuando escapaba por el balcón de mi dormitorio luego de haberlo registrado. Lo seguí. No sé si te has dado cuenta de que los balcones dan la vuelta a todo el edificio y no están separados entre sí. Realmente es uno solo, muy grande, al que asoman todas las habitaciones. Vi como el muchacho se introducía en otra habitación y me quedé escondida entre las cortinas de ella. Luego, al llegar Dominique, oí lo que él le decía. Me sobresaltó un ruido al otro extremo de las cortinas, hice todo lo posible por ocultarme sin que me vieran los que estaban dentro ni el que entraba por el balcón. ¡Ha sido horrible!

Hizo una breve pausa, agregó:

—¡Yo también recibí una carta! ¡También tengo esa medalla!

Acto seguido, sollozando, dando la impresión de que era sincera en sus exteriores emociones, entregó a Mark un papel y la medalla.

La nota, luego de leerla, comprobó Apstein que era exactamente igual a la que le enviaran a Dominique.

La medalla, obra desde luego de las mismas manos torpes, tenía algunas variantes. En ésta se leía: *Medaille-2*. Luego se veía el dibujo representando la tumba y la inscripción: *Tombe-26. Appeler 2 Lettre*. Finalmente, alrededor del semicírculo inferior: *Or-Reims*.

Apstein, seguido por la ansiosa mirada de Martine, diríase mejor ávida, meditó largamente.

—¿Pudiste ver a la persona que disparaba? —fue su inmediata pregunta.

—Sí... sí. Pero no reconocerla. Iba vestida con una especie de túnica negra y llevaba un capuchón sobre la cabeza del mismo color.

—¿Hombre o mujer?

—Tampoco pude determinarlo. Además, estaba terriblemente asustada. Cuando el asesino entró en la habitación disparando sobre Dominique aproveché para huir velozmente y refugiarme en mi cuarto.

Mark la miró a los ojos.

—¿Debo creer que es cierto lo que me cuentas?

Martine, más que extrañada, asombrada, desorbitó sus preciosos ojos.

—¡Pero! —exclamó—. ¿Para qué venir a engañarte?

—Se me ocurre una respuesta. Tú imaginas que yo trato de ayudar a Dominique porque sé que corre peligro, temes que averigüe la verdad, que descubra este enigma por ahora incomprensible y tratas de confundirme. ¿Te parece buena explicación?

No. No le parecía buena. Y Mark, empezó a creer en su sinceridad.

—¡Es absurdo, Mark!

—Supongamos que eres sincera...

—Lo soy.

—Háblame de tu infancia.

Martine Gatard permaneció en silencio unos segundos.

—No comprendo... ¿qué tiene que ver mi infancia con lo que ahora está ocurriendo en este hotel?

Mark, agitó en su mano derecha la nota mecanografiada.

—Aquí dice... «Si quieres hacer importantes descubrimientos acerca de tu origen». Es obvio que tu origen se remonta a la infancia, ¿no? Háblame de eso. ¿Dónde naciste?

Era una duda extraña la que se debatía en el interior de la hermosa pelirroja. Daba la sensación de querer hablar y no poder hacerlo. Como si algo escapara a su memoria.

—Es algo confuso, Mark. ¡Te lo juro! Debes creerme. Recuerdo... recuerdo una gran explosión. Ése es el primer recuerdo que la memoria me trae de mi infancia. Luego, una gran oscuridad que parece haber durado siglos. Después, un hogar en Reims. Mi padre y mi madre. Dos personas buenas dedicadas a mí con todo afán... entregándome lo mejor de su cariño. Murieron. Me quedé sola por... ¡eso es lo extraño!, por segunda vez. Tenía la sensación de haber estado ya sola en otra ocasión. Diecisiete años, Mark, diecisiete. Era bonita. Sabía cantar... te ruego que no me hagas seguir.

Apstein inclinó la cabeza empezando a sentir una pena profunda por aquella mujer que, creyéndose gran mujer, descubría los sentimientos de una pobre mujer.

—Trata de recordar algo sobre ese medallón. ¿Sabes quién te lo dio?

—No. Desde que abrí los ojos a la vida, desde que empecé a comprender las cosas... recuerdo haberlo llevado siempre.

Calló. Con ojos tristes buscó la mirada del hombre como si esperara un consuelo, una ayuda.

—Mark... —musitó como un ruego—. ¿Soy hermana de Dominique?

—Eso dijo Joel... y empiezo a creer que sí. Es posible que lo mataran porque tratara de advertiros a las cuatro.

—¡Ah! Simone, Geneviève y Dominique. Ellas y Joel eran mis hermanos. Los cinco llevamos esos medallones...

—Sigue —la instó Mark mirándola con atención.

—Juntando los cinco medallones se obtiene una clave que resuelve nuestro origen y quizá otro secreto. Una herencia, un tesoro oculto... y alguien de nosotros trata de apoderarse de las medallas para obtener... ¡Mark!, ¿puede ser eso cierto?

Apstein, a su pesar, admiró las dotes deductivas de la hermosa pelirroja.

—Sí, Martine, puede ser. Es posible que sea. Pero no es quizá uno de vosotros el que trata de apoderarse de los cinco medallones. Tengo la certeza de que hay otras personas, ajenas al apellido Slodin, que están al corriente del secreto que encierran esos medallones.

—¿Quién puede ser?

—¿Ludwig Doenitz...? —interrogó a su vez el escritor—. ¿Augusto Reynaud...? ¿Quiénes son esos hombres? ¿Qué hacen en Soissons, en este hotel? Sí, sí, puede estar perfectamente justificada su estancia. Debemos suponer incluso como le he dicho al inspector Lamorisse, que el asesino no esté hospedado aquí. ¡En fin, un enigma! Algo incomprensible en lo que incomprensiblemente me hallo involucrado.

—Porque amas a Dominique.

—¿Que te hace suponer eso?

Martine sonrió con tristeza.

—Puede que una de las pocas cosas que entienda bien en esta vida sea el amor. Sé de amor... bueno y malo. El tuyo hacia esa chica; mi hermana, es bueno y limpio. Ha bastado con que te viera mirarla una sola vez para comprenderlo. Mark... ¿quieres ayudarme a mí también? Tengo miedo... ¡tengo miedo a morir!

Mark Apstein, en silencio, dio rienda suelta a sus pensamientos. ¡Qué buen escritor era el destino! Con sus novelas reales, verídicas. Con sus personajes vivos arrancados casi a la fuerza de la misma existencia. El mismo. Pocos días atrás, allá en su rancho de Dallas, cómodamente instalado frente a una máquina de escribir.

Una idea. Un argumento, La: necesidad de escribir sobre un escenario auténtico.

Dominique Leduc y el amor de su mano. Algo que siempre había creído muy lejos de él.

Y ahora, su encuentro en Soissons. Dos crímenes, unas misivas enigmáticas y dos crímenes siniestros.

Una novela de la vida. Sí, de la vida. Salpicada con rojizas esquirlas de sangre. Musitó lentamente:

—De acuerdo, Martine. Haré lo que pueda por ayudarte. Pero no confíes demasiado. Yo sólo estoy lleno de buenos deseos. Sé poco de estas cosas.

—¡No! —exclamó ella con vehemencia inclinándose hacia el

hombre sin ninguna intención—. Confío en ti, Mark. Tú tienes algo que da confianza. No sé exactamente lo que es. Tu mirada, tu personalidad... puede que la seguridad en ti mismo...

Las palabras jadeantes de Martine fueron interrumpidas bruscamente por la trágica exclamación que desde el pasillo, atravesando la puerta, llegaron hasta sus oídos.

La mujer se quedó rígida. Aterrada.

—¡Socorro! ¡Ayúdenme...!

Mark, sin pensarlo, lanzóse hacia la puerta saliendo al pasillo en fracciones de segundo.

Su retina captó la escena que se estaba desarrollando como no lo hubiera hecho mejor el más preciso de los objetivos fotográficos.

Auguste Reynaud, en pijama, corría desesperado gritando como un demente. La puerta de su cuarto estaba entreabierta y por ella, apareció y desapareció en cinco segundos la tétrica imagen de un ser que se cubría con un negro batón y capucha de igual color.

¡Plop! ¡Plop!

Sonaron dos taponazos. Humeó la automática que empuñaba el misterioso encapuchado.

Auguste Reynaud se detuvo en seco cual si hubiera tropezado contra un muro invisible.

Alzó ambos brazos haciéndolos girar como aspas de atolondrado molino. Dio dos vueltas sobre sí mismo. Un paso. Aferróse desesperadamente a la existencia. Unió músculos y voluntad negándose a caer en tierra.

Lo hizo. Cayó.

Pesadamente. Con dos agujeros sanguinolentos en la espalda. Muerto. Lo mismo que Joel Boule.

Martine, detrás de Mark, se llevó ambas manos a la garganta sin contener pese a todo el histérico alarido que brotó de ella.

Apstein se adelantó en dos zancadas inclinándose junto al cadáver. Entonces se abrió una puerta y asomó el pálido rostro de Ludwig Doenitz. Le faltó aliento para pronunciar la más leve exclamación.

Al cabo de unos minutos se abrieron otras puertas. Restallaron como latigazos los gritos de pánico y terror.

Dominique fue la última en aparecer, asomando temblorosamente por el recodo del pasillo.

Observó el cuerpo tendido sobre la alfombra y se desplomó sin exhalar un gemido.

Mark acudió a recogerla con las décimas de segundo precisas para evitar que chocase por completo en tierra.

Tomándola en brazos caminó hacia su habitación seguido de Martine. Le dijo:

—Encárgate de que avisen al inspector Lamorisse.

—¡Todo un récord! —exclamó el inspector sin perder su habitual flema e imperturbabilidad que, más que francés, le hacían parecer británico. Y como en un monólogo, prosiguió—: A un ritmo de asesinato por hora, calculo que ése es el promedio, antes del amanecer este hotel se encontrará vacío.

Dominique, tendida en un sofá, sin recuperarse todavía de su desmayo, tenía a su lado a Mark Apstein.

Simone que parecía haber sufrido un ataque de histeria, hallábase bajo los cuidados de un médico que Lamorisse había mandado llamar.

Martine, Geneviève y Ludwig, igual que poco antes, se encontraban sentados en los butacones del vestíbulo.

—Bien, bien, bien —siguió Lamorisse, centrando su pajarita en el cuello de la camisa con meticulosidad—. Es obvio que alguien se está empeñando en asesinarles uno por uno. En vista del éxito... —los fue mirando uno a uno—, he dispuesto que cambien de hotel todos ustedes y se alojen en uno distinto. Ya he elegido el que le corresponde a cada cual. ¡Ah! Y tanto si les gusta cómo no, tres agentes montarán guardia en la habitación que ocupe cada uno de ustedes. No es honrado que yo pierda mi prestigio porque alguien quiera deshacerse... ¡ah!, con respecto a usted m'sieu

Apstein, he creído conveniente alojarle en el mismo hotel que a *mademoiselle* Leduc. Es la única excepción... y una deferencia que supongo me agradecerá.

—¿Por qué no nos deja largarnos de aquí? —inquirió la estupenda Geneviève sin cansarse de exhibir la bonita línea de sus piernas.

—¡Oh, *mademoiselle*! —se burló el inspector abiertamente—. Por la sencilla razón de que se me ha metido en la cabeza que uno de ustedes es ese asesino tan amigo de disfrazarse. Si los dejo

marchar... me quedo con tres cadáveres. Yo, perdone la inmodestia, soy muy ambicioso. Además de los muertos quiero al criminal. ¡Ah!, y tengo también una enorme curiosidad por saber las causas de tanto crimen. ¿Satisfecha?

Geneviève, nerviosa, tiró el cigarrillo que sostenía entre sus dedos de largas y manicuradas uñas.

—Cuando esté muerta... quizá esté satisfecha.

—Es un riesgo que debo correr —sonrió melifluo Lamorisse.

Ludwig Doenitz, dando señales de vida por primera vez, manifestó con escasa energía.

—¿Olvida que soy súbdito extranjero, inspector? Tengo mis derechos como tal y puedo acudir al consulado para...

—No olvido nada, *Herr* Ludwig —le cortó Lamorisse en tono tajante—. Cuando se trata de crímenes no hay inmunidad diplomática que valga. ¿Ha entendido?

El alemán inclinó su cuadrangular y rubia cabeza silenciosamente.

—¿Por qué me hace objeto de tantas deferencias? —inquirió Mark Apstein, acercándose al inspector—. Soy uno más de ellos. Me encuentro en las mismas circunstancias.

Sonrió el policía como solo él sabía hacerlo.

—¡Oh, *mon ami*! Veo que me subestima. He llegado a donde estoy, por algo. No, no me voy a descubrir coma una lumbrera, pero tampoco soy un idiota. Usted es el único que no se halla involucrado en este misterio. Los demás, *mon ami*, todos. ¿Por qué cree que lo envío al mismo hotel que a Dominique? Salta a la vista que están enamorados perdidamente. Sé por experiencia que cuando se ama a una mujer se desea estar a su lado... aunque sólo sea para convencerse uno mismo de que la está protegiendo. ¡Ah!, pero también tendrán la correspondiente custodia.

Mark, sonrió. Sin reponer una palabra volvió junto a Dominique. El inspector, entretanto, ordenó que se dispusieran para el traslado indicándoles que serían conducidos a sus nuevos alojamientos en coches de la policía.

Simone Darrieux fue trasladada, al volver en sí, al «Hotel du Commerce», en el 14 rue Jules *Ferry*. Martine Gatard, al «Hotel d'Angleterre», en el 10 *boulevard* Boussairolles. Ludwig Doenitz, al «Hotel de

Nice», en el 3 rue de Verdun. Mark y Dominique, al «Hotel du Palais», en el 28 Avenue Richelieu. Geneviève al «Ambassador», 3 rue Lafayette.

Antes de efectuarse los cambios, Lamorisse insistió a cada uno de ellos en la conveniencia de que dieran facilidades a los encargados de velar por su seguridad.

Les repitió que en cualquier momento serían llamados a la Prefectura para ratificar y firmar sus declaraciones verbales.

Luego, con mucha ironía, dijo que esperaba verlos vivos por la mañana y se despidió.

Mark Apstein se dijo que o bien era un tipo muy inteligente o que, con sus excentricidades, trataba de camuflar su falta de inteligencia y facultades.

Cuando sonrió el nuevo día, Mark, después de haber meditado extensamente durante tres largas horas, luego de mesurar que disponía de argumentos desconocidos para Lamorisse, tomó una irrevocable decisión.

La de solucionar aquel enigma. La de salvar posiblemente cinco vidas, incluida la suya, y desenmascarar al asesino de la capucha y el dominó negros.

TERCERA PARTE

UN FACTOR LLAMADO HOMBRE

CAPÍTULO PRIMERO

No dejaba de ser una curiosa experiencia asistir al jurado diálogo entablado entre dos mujeres hermosas que cruzaban cuatro ojos a cuál más bonito, confluyendo en una mirada que podía ser de amistad, que deseaba serlo.

Dos mujeres que se habían encontrado en la vida por los azares del veleidoso destino. Que estaban unidas por una carta y un medallón.

Que se sabían hermanas, que tenían la certeza de serlo, pero que no acababan de comprender el porqué de aquella situación extraña, compleja, insólita.

Dos desconocidas. Dos hermanas.

Martine Gatard, no bien hubo recibido la llamada telefónica de Mark Apstein, se trasladó inmediatamente al «Hotel du Palais», Avenue Richelieu 28, subiendo a la habitación número cincuenta y tres.

La que ocupaba Dominique Leduc.

Los tres gendarmes uniformados que Lamorisse había designado como ángeles tutelares de quienes se encontraban involucrados en el misterioso suceso del triple asesinato, no se separaron ni un segundo de la puerta que les correspondía vigilar ni de la persona que debían custodiar.

Por eso Martine fue escoltada hasta la habitación de Dominique y sus protectores se unieron a los que montaban servicio en torno a la otra muchacha.

Ellas, ahora, seguían mirándose en silencio. Como si temieran que una palabra mal pronunciada pudiera romper el inaudible pero cordial diálogo.

—Presentar a dos hermanas de cumplida edad puede resultar

cómico o trágico —dijo Mark Apstein en meditativa actitud—, pero en este caso del todo necesario. Ambas sabéis que vuestro apellido es Blodin...

—¿Cómo podemos estar seguras de eso? —inquirió Dominique.

—Pequeña... es obvio que alguien está matando sin ninguna clase de escrúpulos por recuperar unos medallones que cinco personas, desconocidas entre sí, llevan pendientes del cuello sin que ninguna de ellas sepa exactamente desde cuando. Mejor dicha, Joel sí lo sabía. Por eso murió. Por querer hacerte partícipe del secreto que posiblemente había descubierto. Es indudable que esas medallas os unen. Y la única explicación que se me ocurre al hecho de que alguien las llevara hasta vuestros cuellos, cuando erais niños sin duda es que esa persona era vuestro padre... o vuestra madre. Luego, por los azares de la guerra os separasteis. Son infinitud los casos de niños adoptados por familias sin hijos después de la guerra. En Francia, Inglaterra y Alemania se cuentan a cientos.

—¿Y por qué... quién sea, ha esperado tantos años para reunirnos? Es mucho tiempo el transcurrido desde la guerra, ¿no te parece? —indagó Martine.

—Desde luego —asintió Mark—. Pero esa persona ha tenido que realizar la difícilísima tarea de localizaros uno por uno. Y ya ves, ha necesitado veintitantos años para conseguirlo.

Dominique, como si quisiera hacer patente ante Martine que Mark le pertenecía exclusivamente a ella, se acercó hasta el hombre acariciándole la frente con ternura.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó.

—Lo mismo que tú, hermano Joel —respondió Apstein resuelto—. Descifrar el enigma. En primer lugar necesito que me deis vuestros medallones. Luego mientras yo salgo, permaneceréis aquí todo el día. No creo que estando escoltadas por seis agentes y a plena luz del sol, se atreva ese mascarón a intentar nada. ¿De acuerdo?

Asintieron las dos.

—Como tú digas, Mark —habló la hermosa Dominique sin dejar de mirarlo.

Le entregaron las medallas. Apstein, sin importarle demasiado la presencia de Martine, besó los labios de su hermana. Luego, palmeó cariñosamente las mejillas de aquélla y salió de la habitación,

saludando burlescamente a los gendarmes.

Ya en la calle, tardó cinco minutos en despistar a los que le vigilaban a él y se dirigió a la Central de Teléfonos.

Poco duró su espera para tener al otro extremo del hilo el número de París que había solicitado.

Y estuvo de suerte, ya que el mismo Roland Leduc atendió la llamada.

—*Monsieur* Leduc —le dijo después de identificarse—. Es urgente que se persone en Soissons a la mayor brevedad.

Percibió el suspiro, la agitada respiración y escuchó la pregunta:

—¿Le ha sucedido algo a Dominique?

—Se encuentra perfectamente bien, le doy mi palabra. ¿Cuánto tardará usted en personarse aquí?

Supuso que estaría consultando su reloj.

—Un par de horas a lo sumo.

—De acuerdo. ¡Ah!, recuerde que su hija debe ignorar que usted se encuentra aquí. Un respingo.

—¿Por qué?

Mark, tras una pausa intencionada, pronunció significativamente:

—Porque hablaremos usted y yo *de su nacimiento*.

El suspenso que se registró al otro lado fue una confirmación mayor de la que pudiera hacerse con palabras a algo de lo que el escritor ya estaba seguro.

—De... acuerdo —musitó Leduc con un hilo de voz—. ¿Dónde nos vemos?

—En la Central Telefónica. ¿Dos horas?

—Procuraré que sean menos.

Se cortó la comunicación.

Acto seguido, Mark se informó de cuál era el periódico más importante que se publicaba en Soissons durante los años 1939 – 1945.

Resultó ser el mismo que en la actualidad. Y además el único, *La Vérité*.

La redacción del diario se hallaba en el centro de la ciudad, número 12 de la place De Gaulle.

Un sobrio edificio de regia línea arquitectónica. El interior estaba modernizado y nada tenía que envidiar a cualquier rotativo

de las más importantes capitales del mundo.

Además, Mark se tropezó con una gente muy atenta y servicial que no opusieron ningún reparo a su deseo de pasar a la hemeroteca.

En ella, fue recibido por un anciano de bonachón aspecto que derrochaba amabilidad quien, cordialmente, le fue sirviendo todos los ejemplares que Mark solicitaba.

Cerca de dos horas consumió el escritor encerrado en la cómoda y suntuosa hemeroteca.

Tomó datos, nombres, fechas, anotó sucesos y salió de allí más que satisfecho.

Las cosas iban tomando ahora una forma determinada. Algunas piezas empezaban a encajar correctamente en el rompecabezas.

Regresó a la Central Telefónica en donde ya le aguardaba un Roland Leduc nerviosísimo que no cesaba de fumar impaciente.

Mark lo condujo a un bar poco concurrido y ambos tomaron asiento en una aislada y solitaria mesa.

Pidieron dos cafés cuando llegó el solícito camarero.

Apstein, seguidamente, sin rodeos ni ambages, relató los hechos con todo lujo de detalles.

Al término de su relato se hizo un denso silencio. Observó como Leduc apuraba su café y se mesaba luego los cabellos con cierta desesperación.

—Lo sabía, estaba convencido de que un día u otro, por las circunstancias, tenía que llegar este momento. Lo que nunca imaginé es que las circunstancias fueran trágicas.

Se interrumpió, para mirar al escritor con tristeza. No, Roland Leduc ya no era el hombre mesurado, de nervios templados y acertados juicios que Apstein conociera en París pocas fechas atrás.

—Es curioso... —musitó—, comprobar de que forma tan enigmática dispone el destino el juego de sus peones. De nosotros, piezas de ese monumental ajedrez llamado vida. Factor hombre. Quién nos iba a decir a usted y a mí la primera noche que cenamos en la gala... ¡en fin!, a nada conduce la retórica vacía. De acuerdo, amigo Mark, Dominique no es mi hija.

Apstein procuró sonreírle animosamente.

—Traer hijos al mundo no es más que una ley... casi animal. Criarlos y educarlos es lo que realmente tiene mérito. Y mucho más,

cuando esa labor la efectúan aquellos que por ley biológica no están vinculados con el ser a quien enseñan a caminar por el mundo. Dominique es una mujer juiciosa... a la que yo adoro y a la que pienso hacer mi esposa. Tengo la certeza de que ahora que empieza a saber la verdad sobre su origen, el cariño que siente por ustedes dos aumentará, al comprender, ¿cómo no?, lo hermoso de su desinteresada entrega.

Leduc cabeceó tristemente.

—La experiencia dice lo contrario. Otros hombres se encontraron antes que yo en casos similares... sobrevino el fracaso.

—No será así ahora, esté seguro de ello. Y ahora, por favor, hágeme de Dominique.

Roland Leduc cerró los ojos como si en ello encontrara un notable alivio y le fuese más fácil recordar.

—Tenía algo más de un año... —musitó lentamente, sin levantar los párpados—. Era una criatura deliciosa. Recuerdo, sí, recuerdo como si fuese ahora que lloraba desconsoladamente. Bueno... deberé empezar por el principio. El 1 de junio de 1940 yo estaba en Lille. Fui uno de los que desfilaron después de la honrosa capitulación ante las fuerzas armadas alemanas. Conseguí escapar del campo de prisioneros porque sabía que íbamos a ser trasladados... lo conseguí tras una serie de penalidades que no quiero recordar. Luego, en mi huida, me uní a un grupo aislado de la «Resistance». Estábamos cerca de Soissons, entre esta ciudad y Reims. Nuestra misión especial era capturar un grupo de soldados alemanes, desertores, que corrían por las cercanías cometiendo toda clase de robos, crímenes, saqueos y otras monstruosidades. Pasadas unas semanas logramos nuestro objetivo. Capturamos cinco de vivos, siete murieron y sólo escapó el teniente que los mandaba. Un tipo cruel llamado Ludwig Koch...

—¡Ludwig! —exclamó el escritor con inusitada vehemencia, exaltado, brillantes los ojos—. ¿Está seguro?

—Completamente. Los prisioneros confesaron todas las fechorías cometidas y revelaron el nombre de su jefe. Según ellos había huido hacia el sur con una francesa llamada Jocelyn. Una mujer muy hermosa, recuerda perfectamente que todos coincidieron en decir que era tan bonita y deseable como perversa. Ludwig Koch se había enterado que la sucursal del «Banc Mercantile du Paris» en Reims

iba a trasladar sus reservas en oro hacia El Havre para embarcarles rumbo al extranjero. Planeó el atraco a la furgoneta que debía transportar el oro, pero alguien se le adelantó. Ludwig como militar buen estratega, sabiendo que el atraco habíase perpetrado entre Reims y Soissons, se dedicó a buscar en ambas poblaciones a los autores del robo más, al parecer, no lo consiguió. En Soissons, al tropezarse casualmente con la tal Jocelyn, ésta confesó que su marido había intervenido en el atraco junto con seis hombres más los cuales habían desaparecido. Uno de los soldados de Ludwig mató equivocadamente al marido de Jocelyn y con él, murió el secreto, se llevó a la tumba los datos necesarios para encontrar el oro. Poco tiempo después fue cuando nosotros los capturamos y, pasados cuatro días, encontré a Dominique entre las ruinas de una casa destruida. Regresé con ella a París dejándola al cuidado de mi esposa.

Roland Leduc, tras su extenso silencio que precedió al no menos extenso relato, inquirió:

—¿En qué piensa, Apstein?

—En que a veces basta un minuto, una palabra, para descifrar los enigmas más incomprensibles. Creo que eso me está sucediendo a mí. Tres asesinatos en pocas horas... ¿y sabe por qué, Leduc?

—No.

—Por recuperar el oro que Blondin, esposo de Jocelyn, único superviviente de los asaltantes del camión que transportaba las reservas del Banco, escondió en alguna parte.

—¿Después de tantos años?

Sonrió Mark.

—Es ésa una pregunta que me han formulado no hace muchas horas. Sí, amigo Leduc, después de tanto tiempo. La mente humana es retorcida y complicada. Y la guerra, fomenta a veces ese retorcimiento. Alguien se ha pasado años y años, en paciente y meticulosa labor, tratando de localizar a los cinco hijos de Blondin. ¿Sabe por qué?

—No... desde luego.

—Porque ese hombre colgó un tosco medallón en el cuello de cada uno de sus hijos. Unidos los cinco medallones... se obtendrá la clave, el mensaje postrero que Blondin dejó acerca del lugar donde había escondido el oro.

—¡Es horrible!

—Pero cierto. ¡Ah!, a tal respecto, quiero formularle dos preguntas.

—Adelante.

—¿Por qué le llamó Dominique a su hija adoptiva?

Una sonrisa, mezcla de tristeza y ternura, asomó en los labios del director de
«L'Association
des Auteurs et Editeurs».

—Ella, con su lengua tartajosa, lengua de trapo como yo le llamaba, no cesaba de repetir: «Minique». Supuse cuál era su nombre y no quise cambiarlo.

—¿El medallón?

Leduc se encogió de hombros.

—Una corazonada. Imaginé que quizá el ser que la había puesto en el mundo... ¿comprende? No quise que nunca se separase del medallón. ¡Quién iba a imaginar que fuese el motivo de esta tragedia!

—Bien, *monsieur* Leduc —dijo Apstein con una sonrisa animosa—. Tardaré en escribir mi análisis sobre la contienda pero estoy seguro que sí me convertiré en un excelente detective. Además, será éste un tema humano, una consecuencia de la guerra, uno de esos problemas sin importancia aparente que podré citar como ejemplo fehaciente de hasta dónde y hasta cuándo pueden prolongarse las consecuencias de...

—¿Citará nombres? —inquirió Leduc, visiblemente apesadumbrado.

—Sí. Pero ficticios. No sería honrado involucrar a quienes han tenido una conducta sin mácula, noble, leal y desinteresada. Puede estar tranquilo... —hizo una pausa para dirigir al director una cordial sonrisa de ánimo y le dijo seguidamente—: Un último ruego, *monsieur* Leduc. Regrese a París.

—¡No puedo irme! Mi hija está en peligro.

Mark, sonrió ahora de una forma contundente.

—Yo velaré por ella. Tenga la certeza de que nada le sucederá.

Leduc miró al gris de los ojos del escritor.

—A nadie le hubiera confiado por nada del mundo la seguridad de mí... hija. Usted, Mark, es la excepción. El único. Algo hay en su

persona que inspira confianza ilimitada.

Apstein se levantó de la mesa y su interlocutor le imitó. Ya en la calle se estrecharon las manos efusivamente.

—Le llamaré a París en el momento que haya solucionado ese asunto. ¿De acuerdo?

Las palabras de Mark fueron pronunciadas con tal seguridad, que Leduc sintió hasta un profundo respeto y agradecimiento por aquel hombre joven al que, si no arredraba una pluma, tampoco le asustaba una pistola.

—De acuerdo —admitió con una sonrisa.

CAPÍTULO II

Mark Apstein, luego de abandonar a Leduc, consultó el bloc en donde había tomado notas durante su visita a la hemeroteca del periódico *La Verité*.

Un nombre: Mel Arnoil. Jefe de la Gendarmería en Soissons durante el transcurso del azaroso 1940.

Mark hubo de recurrir a un organismo del Ayuntamiento de la ciudad para obtener el domicilio del tal Arnoil.

Obtuvo las señas sin mayores dificultades: Boulevard Montereau, 9.

Allí se dirigió con presteza.

Fue recibido por una mujer de blancos cabellos que llevaba recogidos en higiénico moño. Su faz bondadosa y su sonrisa precedieron a Mark por el interior de la casa.

—Mel —dijo la mujer a un hombre de edad pareja a la suya que se hallaba sentado en una mecedora con las rodillas cubiertas por una manta—, este caballero desea hablarte.

Señaló una silla que había frente a la mecedora en aquel reducido patio de calcinadas paredes donde los rayos del sol se dejaban sentir agradablemente.

Apstein tomó asiento, presentándose seguidamente.

—Estoy a su disposición —dijo el anciano, solícito.

Mark no se hizo esperar y entró rectamente en materia. Paliando la realidad de las cosas y sin extenderse en detalles, por si acaso el hombre no estaba al corriente de los sucesos del «Grande Hotel Reims», Le habló de su libro y de la información que deseaba.

—Verá —se explicó—, yo considero que la guerra no sólo se compone de efemérides bélicas ni hechos más o menos gloriosos. Opino que existen problemas a los que el hombre da una solución

distinta de la que daría en tiempo de paz. La guerra es un gigantesco problema que, contrariamente a lo que se supone, no palia los normales que al hombre le plantea la vida. Al contrario, los desorbita.

—Tiene usted muy avanzados criterios, joven. Pero creo que está en lo cierto.

Seguidamente, Mark habló del extraño robo a la furgoneta que transportaba el oro desde Reims a El Havre.

Mel Arnoil se mesó los blancos aladares.

—Puede creerme, amigo... ¿Cómo me ha dicho que se llama?

—Apstein. Mark Apstein.

Sonrió el anciano.

—¡Esta memoria, que ya nos traiciona! Bueno. Le decía, amigo Apstein, que en aquellas circunstancias, con los alemanes colándose por diez puntos distintos de nuestra geografía, mi labor, la de la Sûreté y La Gendarmería, en resumen, fue poco menos que nula. Un atraco, entonces, casi carecía de importancia. Pero luego, amigo, años después, he repasado, pensado... y todavía pienso, en lo extraño de aquel hecho. Confuso, extraordinariamente confuso. Se encontraron seis cuerpos, cadáveres cinco de ellos, y el camión vacío.

—¿Se salvó alguno de los que formaban la escolta?

—No exactamente. Fue el chófer a quien logramos recoger con vida. Un hombre... un hombre llamado Auguste Reynaud... ¡Sí, eso es!

Posiblemente, le sorprendió la expresión de Mark. El brillo que iluminaba sus ojos grises.

—¿Le ocurre algo? —inquirió Arnoil.

Sonrió el escritor.

—¡Oh, nada! Pensaba...

Sí, pensaba. En la pasmosa sencillez con que cada pieza iba ocupando su lugar en el rompecabezas.

Pero quedaba una. La más difícil. El enigmático rostro del dominó negro. ¿A quién pertenecía?

La sospecha era clara, evidente: Ludwig Doenitz, en realidad Ludwig Koch.

—Siga, siga, por favor —insistió Mark ante el silencio del anciano.

—¡Ah, sí! ¡Esta maldita memoria! Como le decía, fue un suceso de lo más extraño. Fueron siete los hombres que cometieron ese atraco. Pero lo inverosímil es que seis de ellos... si la endemoniada memoria no me falla seré capaz de decirle los nombres. Veamos, veamos... ¡Sí, ya recuerdo! Michel Marchand, Ambroise Diflos. Robín Pagnol, Pierre Leroux, Marcel Douet... y un verdadero sinvergüenza llamado Adrián Migot... —bajó la voz, como si fuese a revelar un valioso secreto—, del que se decía andaba tonteando, ¡supóngase qué tonterías!, con Jocelyn, la mujer de Antoine Blondin. ¡Ah!, Blondin era el único fabricante de lápidas, por aquel entonces, en Soissons. Bueno, como le decía, fue muy extraño. Los seis desaparecieron y, de la noche a la mañana, los encontramos en el cementerio, con su correspondiente sepultura y una espléndida losa de mármol... destacando entre todas la de Migot porque era monumental. Era sencillo deducir quién podía saber algo de aquel asunto, pues, como le he dicho, el pobre Blondin manejaba el monopolio del mármol. Llegué tarde. Antoine estaba muerto al pie de la escalera de su casa y Jocelyn, ¿qué podía esperarse de una mujer como ella?, había huido, según me enteré luego, con un teniente alemán desertor de la Wehrmacht.

Hizo una pausa para toser, carraspear y renovar el aire de sus fatigados pulmones.

—Muerto Blondin —siguió al cabo de unos segundos—, tratar de averiguar por qué había enterrado a los seis pájaros, era inútil. Visto desde un punto pasional, que enterrara a Migot, aunque estuviese vivo, tenía justificación. Pero... ¿por qué a los demás?

—Ha dicho usted que fueron siete los hombres que asaltaron la camioneta, ¿no?

Levantó el anciano una de sus arrugadas manos.

—Bueno, verás, es que me he explicado mal. Empecé suponiendo que habían sido seis, pero luego, al preguntarme por qué Blondin había enterrado a los otros cinco, en el supuesto de que a Migot lo hubiese asesinado por celos, comprendí que las cosas no eran como yo había supuesto. Llegué a la conclusión de que Blondin también había intervenido en el atraco. Por eso se deshizo luego de los demás, para quedarse con el oro. Amén de eso, hubo otro detalle que me convenció de la culpabilidad de Antoine Blondin. ¡Tenía una furgoneta! Una vieja «Citroën» que usaba para el transporte de

mármoles. Considerando que los asaltantes se habían servido necesariamente de un vehículo y añadiéndolo al hecho de que Blondin poseía uno y que además habíase preocupado de enterrar a los seis...

Seguir la oratoria un tanto deshilvanada del anciano era un verdadero lío. Mark, no obstante, estaba sacando del relato provechosas conclusiones.

—Comprendo —se decidió a interrumpirle. Preguntando acto seguido—. ¿No se exhumaron los cadáveres?

La risa hizo toser al anciano.

—¡*Mon Dieu!* —exclamó—. ¿Cree que en aquellos momentos podíamos perder el tiempo levantando sepulturas? No, imposible, mi amigo. Y luego, finalizada la contienda, como el «Banc Mercantile du París» recuperó casi todas sus reservas de oro, no le concedió demasiada importancia a treinta lingotes más o menos. Yo, desde luego, le hubiese concedido mucha... ¡En fin!, un suceso misterioso acaecido en una Francia a la deriva que nunca tuvo explicación. Un verdadero misterio y un secreto que Antoine Blondin se llevó con él al otro inundo.

Mark, de repente, formuló una pregunta:

—¿Recuerda usted bien a la esposa de Blondin?

El anciano ensayó una mueca picaresca.

—¡Ya lo creo! —fue su inmediata exclamación—. No hubo nunca otra como ella en Soissons. Hermosa, bien formada, atractiva... pero diabólicamente coqueta y casquivana. Blondin cometió un error al casarse con ella. Su primera esposa murió al dar a luz él quinto de sus hijos y...

—¿Reconocería usted a Jocelyn a pesar de los años que han transcurrido?

Mel Arnoil miró al escritor con genuino asombro.

—Hombre, creo que sí. Casi estoy seguro de reconocerla... si es que vive.

—No. No vive —afirmó Mark en tono extraño—. No obstante, *monsieur* Arnoil, si usted está en condiciones de moverse, podemos verla.

La sorpresa del anciano iba en aumento.

—¡Pero...! ¿No ha dicho que está muerta? ¿Cómo vamos a poder verla?

Mark Apstein sonrió enigmático. Como solía sonreírles a los informadores de la Prensa.

—¿Puede usted moverse? —insistió.

—¡Sí! Por supuesto.

Apstein se puso en pie ayudando al anciano. Luego, caminaron juntos hacia la puerta de la casa y Arnoil esperó en el umbral mientras Mark acudía en busca de un vehículo de alquiler.

Lo consiguió de inmediato.

—¿Dónde vamos? —inquirió el chófer. Y reconociendo a Mel, exclamó—: ¡Voilà! No pasan los años para ti; ¿qué es de tu vida?

—Vamos al depósito de cadáveres —dijo Apstein, interrumpiendo el diálogo.

El taxista se encogió de hombros. Mel Arnoil miró al escritor con sus cansados ojos fuera de las órbitas.

—¡Qué...! —balbució.

Tropezó Apstein con más dificultades de las previstas para penetrar en el depósito de cadáveres.

Finalmente, gracias a que el encargado era un veterano que no se llevaba muchos años con Arnoil, accedió a los deseos de ambos.

—Quiero que nos muestre el cadáver de la mujer que ha sido asesinada esta madrugada en el «Grande Hotel Reims».

Se dirigió el tipo de la bata blanca hacia uno de los enormes armarios metálicos por los que, interiormente, circulaban elevadas corrientes de aire helado.

Tiró de uno de los cajones. Descubrió el lienzo que ocultaba el muerto.

—¿La conoce, *monsieur* Arnoil?

Mel, ex jefe de la Gendarmería de Soissons, inclinóse sobre el cadáver.

—¡Sin duda! —exclamó resueltamente—. Los años ni la muerte han marchitado del todo su belleza. ¡Es ella... es Jocelyn!

Mark lo tomó del brazo.

—Gracias. Acaba de confirmar mis sospechas.

—Bueno, amigo, oiga... ¿Qué es lo que ocurre?

Apstein sonrió.

—Compre usted *La Verité* de mañana y pasado. Se enterará de cómo se ha resuelto el misterio inexplicable que rodeó hace más de veinte años al vehículo que transportaba... ¿ha dicho treinta?,

treinta lingotes de oro hacia El Havre.

Mark, viendo la confusión que se expresaba en las facciones del anciano, agregó:

—No, no estoy loco. Cuanto acabo de decirle es verdad.

Mel Arnoil no parecía demasiado convencido.

—Pero... —tartajeó—, ¿qué es usted? ¿Escritor, detective...?

—Escritor, palabra. Prometo enviarle uno de mis libros cuando regrese a mi país. Ahora, *monsieur* Arnoil, antes de que su esposa se preocupe, volvamos a casa. Lo acompañó hasta el taxi.

CAPÍTULO III

Geneviève Manent era una auténtica muñeca.

Hubo de reconocer Mark que aventajaba en belleza a su... hermana, sí, a su hermana Dominique.

Pero le faltaba el encanto de aquélla.

En Geneviève, su apariencia angelical se debía a una ficción expresiva. Tampoco la serenidad de su rostro era cierta.

Ella, en verdad, su carácter, su forma de comportarse, era más bien frívola y alocada.

Un nato producto de la moderna generación. Inquieta. Ambiciosa, puede que en exceso ambiciosa.

Una inadaptada. Pero sabiendo lo que quería.

Ése fue el juicio que, de lleno, contemplándola otra vez con aquella indolencia estudiada, formó de ella Mark.

La mujer no pareció sorprenderse demasiado. Abrió la puerta de par en par y les sonrió a los tres agentes que montaban guardia.

Luego, centró su mirada en la arrogante figura del escritor.

—¡Estás en tu casa, Poirot! Acomódate.

Las habitaciones del «Ambassador» eran suntuosas, amplias, exquisitamente decoradas y en exceso lujosas.

Geneviève no se mostraba ahora lo recatada que en el vestíbulo del «Grande Hotel Reims», cuando Mark la viera por primera vez.

Se cubría con una exigua salida de baño que mostraba casi por entero la línea escultórica de sus rutilantes piernas.

—¿Un *whisky*, americano?

Apstein, curioseando por la habitación, negó con la cabeza.

—No tomo.

—¿A qué has venido entonces?

La miró intencionadamente de abajo arriba.

—A interesarme por tu salud... pero ya veo que estás estupendamente bien.

—No eres demasiado original, ¿te parece? Y ahora, cuando te canses de dar vueltas, ¿querrás decirme a qué has venido, detective aficionado?

—¿Quién te ha dicho que soy un detective aficionado?

Soltó ella una burlona carcajada.

—Lo leo en tus ojos, querido.

Mark se plantó frente a ella. Y cuando Geneviève, extendiendo sus húmedos labios y dando un intenso brillo a sus ojos verdes, esperaba la rendición incondicional del hombre, le oyó decir:

—Quiero ver el medallón.

Sacudió la cabeza. Retrocedió un paso.

—¡Eh! ¿Cómo sabes...?

—Soy un Kalikatres de la época moderna. Quiero ver el medallón y la misiva que te enviaron citándote en el «Grande Hotel Reims».

La muchacha, evidentemente asombrada, caminó sin replicar hasta el tocador.

Abrió uno de los cajones y, con insospechada docilidad, mostró al escritor lo que le pedía.

La misiva era exactamente igual a las otras dos que él había, visto. La medalla, no.

MEDAILLE-3. TOMBE-27. APPELER 3 LETTRE. OR-REIMS.

—Bien, Geneviève Blondin. ¿Quieres prestarme atención?

—¿Cómo me has llamado?

—Como en realidad te llamas. Blondin es tu apellido. Ése es el secreto del origen tuyo a que se alude en esa nota. ¿Sorprendida?

—¡Ca! —exclamó, perezosa—. Loca. Eso debía estar cuando acudí a esta llamada estúpida.

Mark, tratando de adivinar los pensamientos que cruzaban el cerebro de aquella hembra fabulosa, le dijo:

—Tu vida está corriendo un serio peligro. Hay alguien dispuesto a matar por esas medallas...

—Lamorisse me ha puesto tres perros de presa al otro lado de la puerta, ¿no los has visto?

Mark sonrió, escéptico.

—¡Oh, sí! Por supuesto. También he visto que tu habitación está rodeada de un hermoso balcón con balaustrada maravillosa. También estoy al corriente de que hay una escalerilla metálica de emergencia. ¿Lo sabías?

Por primera vez, Geneviève se mostró realmente asustada.

—¿Tanto vale esa porquería de latón?

—Como treinta lingotes de oro puro.

Desorbitó sus hermosas esmeraldas de luz verde.

—¡Qué!

El escritor paseó displicente alrededor de ella.

—Lo que oyes. ¿Prefieres confiar en los mastines de Lamorisse... o en mí? Como detective aficionado, soy bastante bueno, ¿sabes? Espero tener ocasión de demostrártelo.

—Mark... —la voz de Geneviève habíase tornado suplicante—, ¿qué tratas de decirme?

Apstein sonrió, sabiéndose ya triunfador.

—El personaje que cometió los tres asesinatos en el «Grande Hotel Reims», aprovechará esta noche, pequeña. Sabe que mañana ya puede ser tarde. Lamorisse finge ser un escéptico despreocupado, pero es un tipo inteligente. El asesino tiene que aprovechar las horas de la noche...

—¿Qué debo hacer?

—Siéntate y escucha.

Geneviève, cruzando sus magníficas piernas, sentóse en la banqueta del tocador. Miró atentamente al escritor.

—He alquilado una habitación en este hotel a mi nombre. Vendré al anochecer para fingir que estoy durmiendo en ella. Por el balcón pasaré a tu dormitorio, prepararemos un bulto en la cama para que desde lejos, y en la oscuridad, pueda pasar por tu cuerpo dormido. Luego, tras el detalle fundamental de poner el medallón en un lugar bien visible encima del tocador, pasarás a esa habitación que yo he alquilado. ¿De acuerdo?

—Sí. ¿Crees que así estaré a salvo?

—Estoy seguro.

Geneviève frunció el entrecejo. Inquirió:

—Supones que el asesino sólo se interesará por el medallón, ¿verdad?

—Cierto. Trata de reunir los cinco que, unidos, revelan el lugar donde se hallan los treinta lingotes.

La muchacha sonrió, quizá con ternura.

—¿Por qué haces todo esto, Mark?

Apstein ya estaba en la puerta. Dijo:

—¡Hasta la noche!

Y salió sin responder a la pregunta.

«Hotel Du Commerce». Rue Jules *Ferry*, 14.

Habitación cuarenta y seis.

—Te esperaba, escritor.

Eso dijo Simone Darrieux al ver a Mark en el umbral de la puerta con una sonrisa en los labios.

—¿Qué tal, Simone Blondin?

Tampoco se sorprendió ahora.

—Eres un perfecto Perry Mason. ¿Cómo sabes mi verdadero apellido?

—Igual que lo supiste tú, Simone. Porque Joel lo dijo.

La exuberante Simone, envuelta en una cristalina transparencia que resultaba insuficiente para abrigar sus pródigos encantos, cerró la puerta de la habitación.

—Sí, por eso lo mataron. Porque querían evitar que nos dijese a todos lo que él había descubierto. Y por miedo, todos hemos callado delante de la policía. Yo, Geneviève, Martine y Dominique. El pánico nos tiene atadas. ¡Maldita sea! ¿Por qué se me ocurriría venir aquí?

—Quizá por conocer a tus hermanos...

Simone cerró nostálgicamente sus ojos azul grises.

—Quizá... —musitó—. Es tan vago el recuerdo. Éramos niños. Pero tengo una vaga imagen de mi padre rodeándome el cuello con un medallón. Luego, lo veo muerto al pie de la escalinata... Yo era la mayor, ¿sabes? Después, las tinieblas. Grandes explosiones, estruendos, terror, ¡horrible, Mark! El resto lo recuerdo con nitidez. La pareja de ancianos que me sacaron del orfelinato de Reims y me cuidaron atentamente, solícitos, sacrificándose...

Mark echó una furtiva ojeada al apartamento.

—Muéstrame el medallón, Simone. Y la nota.

Abrió el cierre de la cadena que colgaba de su cuello. De un pequeño bolso que se hallaba en la mesita de noche extrajo un papel doblado que tendió a Mark.

La misiva, igual a las otras. La medalla, de iguales características, pero como todas variando la inscripción. En ésta se leía:

MEDAILLE-1 TOMBE-25. APPELER 1 LETTRE.
OR-REIMS.

—Por esto —dijo Mark, haciendo saltar la medalla en la palma de su mano—, pueden matarte. ¿Lo sabes?

—Lo supongo. ¿Cuál es el significado de la inscripción?

—Treinta lingotes de oro puro.

Abrió los ojos, asombrada.

—¿Estás seguro?

Sonrió el escritor alzando las cejas.

—¿Por qué te crees que el asesino del capuchón negro se está tomando tantas molestias? Además, puedo asegurarte que esta noche tratará de hacer lo propio contigo... Simone soltó un respingo. Entreabrióse la transparencia.

—¡Qué!

—Lo que has oído. Pero tengo una solución para evitarlo... si es que quieres aceptar mi ayuda.

Se acercó ella con ansiosa mirada.

—Sí... sí, haré lo que digas.

Mark le dijo que se sentara.

—He tomado una habitación en este hotel a mi nombre —empezó—. Esta noche...

CAPÍTULO IV

Dominique, impulsiva como una fierecilla, igual que una ágil gacela, se lanzó con los brazos a rodearle el cuello.

—¡Mark! —jadeó—. ¿Dónde has estado? No sabes lo que me has hecho sufrir.

Martine, que contemplaba la escena, murmuró:

—Y a mí... si es que tengo derecho a sufrir por el hombre que trata de ayudarnos.

Dominique sonrió.

—Tienes derecho, hermanita. Después de lo que hemos hablado, no puedo sentir celos de ti, ¿no crees?

Sonrió la otra tristemente.

—La opinión es tuya.

Mark se dejó caer en una butaca.

—Es ya de noche, amor —dijo Dominique—. ¿Qué has estado haciendo hasta estas horas? ¡Ah!, el inspector Lamorisse ha venido preguntando por ti. Tienes que firmar tu declaración.

Mark, clavando en el hermoso rostro de la muchacha toda la fuerza penetrante de sus ojos grises, musitó:

—Que espere Lamorisse. Ya firmaré mi declaración cuando le presente al asesino de la capucha negra.

Dominique y Martine se miraron con legítimo asombro.

—¿Qué has dicho? —interrogaron a dúo.

—Exactamente lo que habéis oído.

Dominique se acercó a él sentándose en el brazo de la butaca. Le preguntó:

—¿De quién sospechas?

Mark rodeó la breve cintura con un brazo.

—De todos, de nadie... y me preocupa un caballero llamado

Ludwig Doenitz.

—¿Es él? —se sorprendió Martine—. ¿El asesino?

Mark enarcó las cejas.

—¿Y por qué no... tú?

Hizo un mohín de enfado.

—No bromees con eso... —soltó de repente la exclamación—. ¡Mark!

—¿Qué sucede?

—He conseguido traspasar la oscura barrera de mis recuerdos, llegar a la infancia... a esa casa grande que tenía cerca un enorme cobertizo...

Martine, por espacio de varios minutos, estuvo relatando todos los recuerdos y secuencias de su infancia que iban volviendo a su memoria.

—Bien... —murmuró Mark, pensativo, cuando ella terminó de hablar—. Cada persona me ha dicho una cosa interesante, todos estáis contribuyendo a que construya en poco tiempo un rompecabezas que ha sido enigma por más de veinte años...

Reinó el silencio durante unos segundos.

—Vamos a ir a tu hotel, Martine —dijo el escritor, luego—. A preparar tu cama, a escapar de la vigilancia de los hombres de Lamorisse por la escalera de emergencia, a regresar aquí... porque las dos vais a dormir en mi habitación esta noche.

Verdaderamente, ambas se encontraban confusas y ante las palabras del muchacho y sus bruscos cambios de actitud.

—¿Y tú?

—Yo... —Mark soltó una sonora carcajada— he elegido un lugar muy curioso para pasar la noche. Aunque, conociendo al género humano, al factor hombre como creo que lo conozco, será un lugar curioso... y concurrido. Y ahora —las miró con una sonrisa de ánimo— a obedecer mis instrucciones.

CAPÍTULO V

Nada iguala la quietud y el severo silencio de un cementerio en esa crítica hora de la medianoche.

La rígida silueta de los cipreses por entre los cuales ulula el viento en determinados momentos, la muda plegaria de las cruces que se elevan al cielo, la pulcritud de las losas de mármol...

Es en verdad un espectáculo impresionante. Y no lo morboso que algunos suelen creer.

Porque los muertos son los únicos que no se levantan, los únicos en quien se puede confiar y a quien no se puede temer.

Ese miedo tradicional, casi histórico, esa confusión del respeto por el pánico que, generación a generación se transmite acerca de los muertos es, amén de una solemne estupidez, un error moral y social.

El cadáver no es más que un montón de huesos, un puñado de barro que ha vuelto a ser la materia del que fue creado, algo inánime que reposa por los siglos de los siglos hasta que la infinita piedad de Dios venga a liberarle.

Pero el ser vivo es a veces retorcido. Es a veces...

Encapuchado.

Así era la silueta que avanzaba silenciosamente al amparo de las tinieblas que poblaban la reducida necrópolis.

Se detenía en algunos momentos, auscultando la oscuridad, para proseguir luego el avance.

Un avance lento. Exasperante. Agotador.

Hasta tropezarse con las brillantes losas de mármol numeradas correlativamente.

25, 26, 27, 28, 29...

Ante cada una de ellas se fue deteniendo el encapuchado

mientras sus ojos iban de la losa hasta unos medallones que colgaban de su mano derecha.

Y de repente, el silencio del camposanto taladrado por una voz ominosa, conminatoria, imperativa:

—¡Levanta las zarpas, mascarón!

Se envaró la encapuchada figura.

—¡Deja caer esos medallones al suelo! ¡Rápido o te coso a tiros!

Obedeció.

—Ahora —siguió la autoritaria voz—, con mucho cuidado, quítate la capucha. Pero... procura que te vea bien las manos. A la menor duda... ¡te tumbo sobre las losas!

Siguió obedeciendo el enmascarado.

—¡Vuélvete de cara a mí!

Lo hizo. Y un rugido escapó de la garganta de quien le había sorprendido.

—¡Tú! ¡Tú, maldita víbora! ¡Tú la mataste a ella!

Sonó una carcajada diabólica.

—Sí... yo —el tono rebosaba sadismo—. Yo, Ludwig Koch. Alemán desertor. Asesino. ¡Yo la maté! ¡Porque era una impúdica ambiciosa!

El hombre, a quien se conocía por Ludwig Doenitz, crispó la mano sobre la culata del revólver que empuñaba. Murmuró, arrastrando las palabras odiosamente:

—¡Te voy a matar...! ¡Ahora mismo! ¡Antes de que consigas el oro!

En aquella noche oscura de tumbas, cruces y sorpresas, una nueva voz restalló en el aire:

—¡No lo haga, teniente Koch!

El alemán se revolvió como una fiera, disparando hacia el lugar de donde había brotado la exclamación.

De algún otro lugar del cementerio partió un segundo disparo. Ludwig Koch se tambaleó, dio una vuelta sobre sí mismo y terminó tendido de bruces sobre la grava.

La figura del dominó negro, sin capucha ahora había aprovechado la confusión para huir precipitadamente hacia la salida del cementerio.

—¡Deténgase! —gritó una tercera voz.

Y otra, la misma que evitara el disparo de Koch sobre el

enmascarado, que era la de Mark Apstein, gritó:

—¡Lamorissey, que no disparen sus hombres!

La silueta de negro se confundía con las tinieblas. De repente, por entre las tumbas, una figura surgió de la oscuridad.

Dos cuerpos se encontraron en lucha enconada retorciéndose por el suelo.

—¡Maldito...! —se oyó una exclamación.

Trató el enlutado de extraer la pistola que llevaba bajo el ancho dominó. Pero un hábil punterazo en los dedos de su mano derecha evitó que consumara su propósito.

Varias personas corrían hacia el lugar empuñando linternas de considerable potencia.

Pronto la escena fue bañada de claridad. Uno de los contendientes habíase puesto en pie.

El de las negras vestiduras seguía en tierra.

—¡Fantástico, escritor! —aplaudió la voz del inspector Lamorissey.

—Quería entregársela viva, amigo Lamorissey.

El policía le sonrió fríamente a la persona que estaba tendida en el suelo.

Dijo, burlonamente:

—*Bon nuit, mademoiselle Simone Blondin.* Queda arrestada por triple asesinato. Por el camino iré pensando si se me ocurre algo más de qué acusarla.

Mark Apstein, con triste entonación, preguntó a la mujer:

—¿O te has dado cuenta de que te estaba preparando una trampa? Creí que demostrarías ser más lista...

—¡Hijo de perra! ¡Sabías que no tenía tiempo porque ese cerdo...!

—¡Llévensela! —ordenó Lamorissey.

—Fuera tengo mi coche, amigo Apstein. Acompáñeme. Tenemos mucho de qué hablar usted y yo.

Minutos más tarde, ya en el despacho de Lamorissey, dijo éste:

—Comprendí desde el primer instante que Dominique no había sido sincera... y comprendí también que le había contado a usted lo que a mí me ocultaba. Mi posición fue sencilla y arriesgada al mismo tiempo. Darle cuerda a usted y vigilarle. Aunque debo reconocer que hoy se ha evadido usted a la vigilancia de mis

hombres y no han podido localizarle hasta la noche... afortunadamente. Quiere ahora, escritor, explicarme el secreto de su triunfo, ¿eh?

Mark Apstein prendió un cigarrillo. Y acto seguido, entre espirales de humo, empezó por relatar su provechosa incursión en la hemeroteca de *La Verité*, su entrevista con Roland Leduc y su conversación con Mel Arnoil.

Tras una pausa, siguió:

—Conociendo los sucesos del año 1940 y el nombre de los protagonistas, la cosa tomaba un cariz más verosímil. Cuatro personas habían vivido veinte años con la esperanza de obtener ese oro, con el afán de localizarlo. Auguste Reynaud, el chófer milagrosamente salvado en el asalto. Ludwig Koch, ex teniente y ex desertor de las Fuerzas Armadas Alemanas y frustrado atracador. Por último, Simone Blondin. Una muchacha que tenía cerca de diez años cuando ocurrieron los sucesos y el suficiente raciocinio para ir relacionando unos hechos con otros. Sus otros hermanos eran demasiado pequeños para recordar con exactitud y coherencia. Simone se pasó largo tiempo tratando de localizar a sus hermanos, ignorando que Jocelyn, a quien antes he olvidado nombrar, que seguía siendo amante de Ludwid e instigadora, y Auguste, estaban haciendo lo mismo. Simone, al fin, consiguió localizar a sus hermanos y les envió la nota citándoles en el hotel de Soissons «Grande Hotel Reims», y también se dirigió una carta a sí misma para desviar posibles sospechas. Pero los otros tres, que por su parte habían conseguido localizar el paradero de los hijos de Antoine Blondin, al comprobar que todos venían a reunirse en Soissons comprendieron, era lógico, que tal reunión estaba íntimamente relacionada con los treinta lingotes de oro misteriosamente desaparecidos. Por eso asistieron también a la cita...

—¡Alto! —cortó Lamorisse con una sonrisa—. Hay varios puntos que veo confusos. La muerte de Jocelyn y el hecho de que viniese aquí haciéndose pasar por una escritora. La muerte de Auguste.

—Cuando interroga a Simone, ella le responderá mejor que yo. Pero no es difícil suponer que tanto Jocelyn como el chófer descubrieron los manejos de Simone; por eso, lo mismo que Joel, fueron eliminados.

Sonrió el inspector.

—Aceptémoslo así, hasta que se le formule el interrogatorio a la asesina. ¿Qué hay del oro, Sherlock Holmes?

Mark soltó una carcajada.

—¡Oh, sí! Lo olvidaba. En las medallas tiene la clave.

—¡Qué clave ni qué niño muerto! —tronó el policía, perdiendo su habitual flema. Agregó—: Las he mirado cien veces al derecho y revés sin comprender el jeroglífico.

Mark, burlón, apuntó:

—Pues yo lo veo clarísimo.

—¡Adelante, eminencia!

Apstein tomó los medallones que se encontraban encima de la mesa del inspector. Fue diciendo mientras los colocaba en orden:

—Medaille-1, medaille-2, medaille-3...

Las cinco, por el número que les correspondía.

—Observe lo que dice aquí, inspector —agregó, señalando el lugar de la inscripción que se refería a las tumbas—: TOMBE 25, 26, 27, 28 y 29. ¿De acuerdo? Y debajo, APPELER (apellido) 1 LÉTTRE (letra). O sea, que la medalla número 1 corresponde a la tumba 25 del cementerio en la que se halla enterrado Michel Marchand. La primera letra del apellido es la M. ¿De acuerdo?

Lamorisse, que hasta entonces asentía monótonamente, dio un brinco:

—¡Ah! Ya entiendo. La primera medalla señala la primera letra del apellido del cadáver de la tumba 25; la segunda, exactamente igual en la 26, pero refiriéndose a la segunda letra también.

—Acertó, inspector —dijo Mark con una sonrisa—. Por ello, deduciendo que cada medalla aumenta un número en la letra del apellido del número de tumba que corresponde, o sea, de la letra uno a la cinco, y sabiendo que los apellidos son, por orden de tumbas:

MARCHAND, DIFLOS, PAGNOL, LEROUX y DOÛET, con las letras uno, dos, tres, cuatro y cinco, M, I, G, O, T, componemos el apellido MIGOT. Adrián Migot. En el mármol de esa tumba se encuentra el oro. ¡*Au revoir*, inspector!

—¡Virgen Santa! ¡Qué taco! Tanto crucigrama, tanto cadáver... ¡Asco de vida!

EPÍLOGO

Dominique se dejó ir ansiosamente en brazos de Mark.

—¡Amor, mi vida! ¡Eres único!

El beso hizo enrojecer hasta a Martine quien, discretamente, se retiró de la estancia. Quedó sola la pareja.

—Dominique...

—¿Sí, querido?

—Nos casaremos en París.

Los ojos de ella se convirtieron en dos voraces focos de luminosidad.

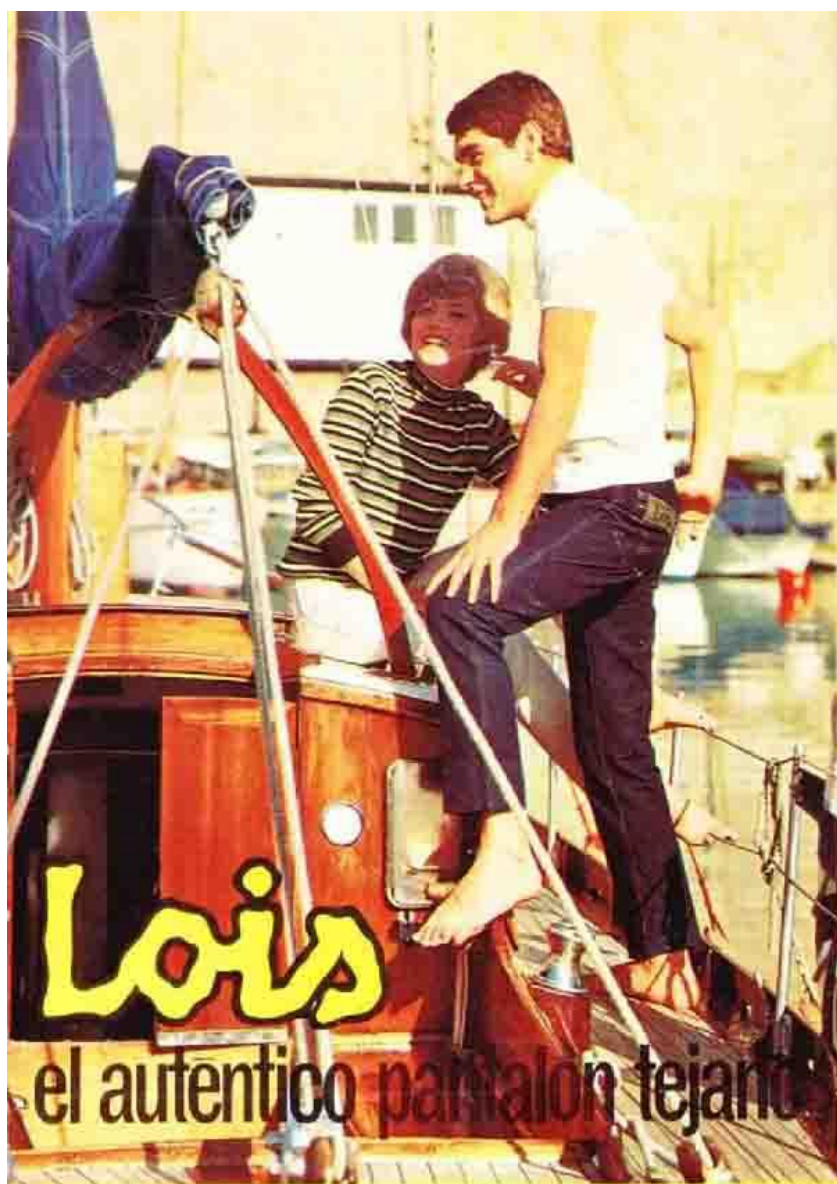
—¿De veras... es cierto, Mark?

—Sí, muñeca. Quiero que llegues a Dallas siendo la mujer del escritor más...

—Más encantador que jamás he conocido.

Presionaron unos labios sobre otros con dulzura. En uno de esos besos... ¿Para qué seguir? ¿No han tenido bastante con lo de las tumbas?

FIN



Lois

el autentico pantalón tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (España)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.

Notas

[1] ¡PETAIN HA OFRECIDO LA CAPITULACIÓN!

La consecuencia: Verdun y Metz han cesado el fuego y han capitulado.

¿Por qué quieren verter sangre suya alguna sin ningún sentido?

¡ABAJO LAS ARMAS, ALTO EL FUEGO!

¡MUESTREN LA BANDERA BLANCA!

¿O quieren que aún lancemos un ataque con nuestros Stukas? < <

[2] Línea de fortificaciones ideada por Paul Painlevé y llevada a la práctica por el ministro de la Guerra, Andrés Maginot, en cuyo honor se le dio este nombre. Se extendía este cordón fortificado a lo largo de la frontera germano-francesa, desde Luxemburgo a Los Alpes. Fue levantada entre 1929 y 1933, y su fin era impedir el paso de los alemanes, en caso de guerra. Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, de nada sirvió la fortificación, pues fue fácilmente desbordada por el norte, debido a que no protegía a Bélgica y Holanda cuya neutralidad, de otra parte, no respetaron los alemanes. De este modo, Francia se vio derrotada en cuarenta días. Es muy probable que esta derrota no se hubiera producido con tanta facilidad de haberse prolongado la Línea Maginot hasta el canal de la Mancha. < <

[3] La Brigade Mobile. —Brigada Móvil— es un servicio regional de la policía francesa que pertenece a la Police Judiciaire. —Policía Judicial—, organismo este que es la misma Sûreté Nationale, designación aquella que recibió en 1913, y que, como los demás órganos policíacos, está vinculado y afecto al C.I.D de París. < <